

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMENARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS : EN MADRID,
LLEVADO A DOMICILIO.

Tres meses.	8 reales.
Seis meses.	15 »
Un año.	28 »

Se suscribe en Madrid en la administracion, libreria extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Bailliere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Príncipe, núm. 41.
En Provincias en todas las librerías y administraciones de Correos.

PRECIOS : EN PROVINCIAS,
FRANCO DE PORTE.

Tres meses.	12 reales.
Seis meses.	21 »
Un año.	38 »

Los Sres. Suscritores, cuyo abono concluye en fin de marzo, se servirán renovar oportunamente su suscripcion, para que no sufran retraso en el recibo del SEMENARIO.



Mandad que tomen las armas con el mayor sigilo, dijo el conde..... (pág. 182, columna 1.ª).

LOS AMORES MORTALES

POR

MR. ADRIEN ROBERT

TRADUCCION DE

D. J. F. SAENZ DE URRACA.

PRÓLOGO.

I.

El camino de Peshá-Debreczin ofrecia extraordinaria animacion en la tarde del 15 de junio de 1711: empolvados escuadrones de ginetes húngaros, compañías de granaderos austriacos, baterías de artillería de sitio, y un material inmenso de carros de bagaje y de municiones, se estendian por un espacio de varias millas.

El emperador de Alemania, que hacia ya diez años que arrancaba trozo á trozo la Hungría á los Turcos, habia querido concluir de una vez con estos últimos, espulsándolos de Debreczin.

El valeroso duque de Lorena, Luis de Baden, mandaba en persona aquellos refuerzos, que solo estaban ya á dos horas de marcha del campo cristiano.

Desposeido Ahmed III de las tres regencias de Argel, de Túnez y de Tripoli, luchaba todavia en ciertos puntos del imperio de Austria, con toda la energia de la desesperacion.

Unidos por los mismos instintos políticos y religiosos todos los grandes Estados del imperio de Alemania, se habian coaligado contra el Oriente, y suministraban voluntariamente tropas para aquella cruzada.

La Suavia, la Baviera, la Sajonia, el Hanno-

ver, la Westfalia y el condado de la Marck peleaban bajo la misma bandera.

Ahora que este resámen histórico puede servir de guia al lector, entremos de lleno y desde luego en nuestra accion.

Hemos dicho algunas lineas mas arriba, que en el número de tropas que marchaban sobre Debreczin se contaban muchos ginetes húngaros.

Un escuadron iba de avanzada; otro, colocado á retaguardia, custodiaba los bagajes.

Tres personajes, los únicos realmente interesantes para nosotros, cabalgaban á diez pasos de los últimos ginetes de aquel destacamento.

Estos tres personajes vestian como ricos paisanos, y sus cabalgaduras, de notable vigor y de formas muy finas, parecian estar tan foscas como si acabasen de salir de las caballerizas.

El de mas edad de estos tres viajeros, podria tener como unos sesenta años; era de estatura

colosal; tenía una fisonomía abierta y resuelta, y les llevaba toda la cabeza á sus dos compañeros de viaje.

Ahora bien; no se necesitaba ser observador muy hábil para conocer en estos dos compañeros, bajo el traje masculino, á dos mujeres jóvenes y bonitas.

Una de ellas, esbelta, rubia y sonrosada, apenas acababa de entrar en los diez y ocho años.

La otra, que tenía cinco ó seis años mas de edad, era de maravillosa belleza.

Su semblante dulce, levemente tostado por el sol, se hallaba animado, además, por el brillo de sus ojos negros, cuyas pupilas ardientes y de suma movilidad, arrojaban vivo fulgor. Sus cabellos levantados sobre las sienes, se redondeaban sobre su cuello en rizos pequeños y sedosos de un negro luminoso. Una nariz fina, levemente arqueada como en el tipo israelita, y una boca pequeña y purpurina completaban el conjunto de este retrato delicioso.

Sus hombros y sus brazos, ámpliamente desarrollados, ofrecían los contornos mas puros y elegantes.

Sus piés y sus manos eran dos maravillas, de finura y distincion.

Siendo de estatura mediana, el desarrollo de su pecho y de sus caderas la hacia parecer mas pequeña de lo que en realidad era.

Su traje elegante y severo se componia de una casaca y un calzon de terciopelo negro, un sombrero de fieltro gris con pluma de color de violeta, y una espada pequeña con empuñadura de azabache.

Aquella linda jóven se llamaba la condesa Andrea de Ruminghem.

El hombre era un ex-guarda-bosque, y la jóven rubia que la acompañaba, Margarita, recogida y criada por Mme. de Ruminghem, pasaba por ser sobrina de Dietrich, el viejo servidor de quien acabamos de hablar.

Desde el último descanso, es decir, desde hacia mas de dos horas, ni una sola palabra habia mediado entre estos tres viajeros.

La condesa parecia hallarse abrumada de cansancio, y absorta en una meditacion profunda.

Margarita fué la primera que rompió el silencio.

—¡Oís, tío! exclamó inclinándose sobre el cuello del caballo; ¿oís los clarines del campamento?

—Si, dijo Dietrich prestando atento oído, los nuestros acaban de contestarles: dentro de pocos minutos habremos llegado al término de nuestro viaje.

—¿Qué estais diciendo, Dietrich? repuso con viveza la condesa, saliendo de improviso de su distraccion.

—Digo, señora condesa, que muy pronto vais á abrazar á vuestro tío el general Steuben.

—¿Pues que, tan cerca estamos ya del campamento? repuso la condesa con voz conmovida.

—Tan cerca que, en cuanto demos vuelta á esa colina pequeña, podremos ver las tiendas y las banderas del ejército aliado.

Apenas habia concluido de hablar el fiel servidor, cuando la condesa, haciendo que su caballo arrancase á galope, se lanzaba por la rápida pendiente de la cuesta.

Cuando Andrea hubo llegado á la meseta que dominaba al campamento y los atrincheramientos, detuvo á su caballo. Su avida mirada abarcó al pronto la inmensidad del horizonte para fijarse muy luego en un punto en el que, al lado del pabellon de Hannover, ondeaba la bandera azul, listada de amarillo del reino de Suecia.

Una sonrisa alegre pasó en aquel momento como un soplo por su dulce semblante, y una lágrima silenciosa rodó por su mejilla: sus labios murmuraron suavemente estas palabras, que acentuó como las estrofas de una balada:

—¡Salud, tierra de promision, á la cual aspiraba yo hacia tanto tiempo! salud, tierra de des tierra, en la que mi corazón va á encontrar una patria y mi alma, un refugio! ¿Qué estás haciendo ahora, Felipe, mi muy amado Felipe? ¿Ha borrado la gloria presente el recuerdo de

la felicidad pasada? ¿Qué dirás al volver á verme? ¿Me tenderás la mano, como á una amiga, ó vendran tus labios á posarse en mi frente? ¿En otro tiempo un dia de ausencia era un dia de luto para nosotros, y ahora hace ya dos meses que nos separan centenares de leguas! ¿La ausencia! ¿Cuántas cosas encierra esta palabra tan breve, cuántas lágrimas ó alegrías! ¿Unos templan en ella su corazón para vivir de recuerdos, y encuentran una alegría áspera y singular en esa felicidad mentida; otros la convierten en un arma implacable para olvidar!

Un pensamiento siniestro cruzó de improviso por su mente; se tambaleó sobre la silla, y su cabeza se inclinó lentamente sobre su pecho.

Su caballo, al escarbar la tierra, acababa de hacer rodar una bala medio enterrada en la yerba.

—¡Dios mio! Dios mio! dijo Andrea débilmente, si le hubiesen muerto!.... si fuese yo á saber que una de esas balas le ha tendido, ensangrentado y mutilado en el campo de batalla!.... ¡Oh! qué cosa tan horrible es la guerra!....

Dietrich y Margarita llegaron en aquel momento á galope.

—Señora condesa, gritó la linda niña, no permanezcais en este sitio: un oficial acaba de decirnos que las culebrinas turcas alcanzaban con facilidad hasta aquí.

—Además, añadió Dietrich, el duque ha entrado ya en el campamento, y ahora podemos ponernos á la cabeza del convoy.

—Teneis razon, mi buen Dietrich, dijo Andrea volviendo riendas en seguida.

Algunos minutos despues los tres ginetes pasaban por el flanco del ejército y entraban en el campamento imperial.

Un piquete de ginetes hannoverianos desembocó por el camino en que iban á entrar.

Dietrich vió un sargento viejo, antiguo guarda-bosque como él.

—Buenos días, Frantz, dijo tendiéndole la mano.

—¡Dietrich! repuso el soldado estupefacto al ver aquel encuentro: ¿qué diablos vienes á hacer aquí?

Mas tarde te lo contaré amigo mio; por ahora lo que necesito es que me indiques la tienda del general Steuben.

—Sigue en derechura delante de tí, y vuelve en seguida á la izquierda junto al vivac, cuyas hogueras arden allá abajo; allí es.

—Gracias.

La condesa hizo un movimiento para acercarse al sargento.

Dietrich adivinó su pensamiento, y volviéndose hacia su antiguo conocido, exclamó:

—¡Eh! Frantz, dame noticias del coronel de los *Drabanes* de Suecia, el conde Felipe de Koenigsmark.

—¡Oh! dijo el veterano sargento echando lumbré para encender su pipa, á nuestros buenos amigos los turbantes rojos es á quien ha de preguntarse eso.

—¡Está prisionero! exclamó Andrea, cuya sangre toda afluyó al corazón.

—¿Prisionero él? ¡Ah, sí! bueno estaría eso! bien recibidos serian los que tuviesen el capricho de echarle la mano al cuello! Vuestro Koenigsmark no es un hombre, sino una salamandra que se pasea por entre las llamas, un demonio que manda á las balas. Ayer noche, sin ir mas lejos, esos perros infieles fueron á caer como una bandada de buitres sobre las trincheras de los Suecos. Despues de haber hecho los honores de su casa á aquellos bandidos, los drabanes de Mr. de Koenigsmark les acompañaron hasta las puertas de la ciudad á culatazos. Esta mañana fui á la trinchera, y puedo aseguraros, mi buen caballero, que la tierra mojada que los peones removian con sus palas estaba encarnada como un ladrillo.

La condesa sacó de su bolsillo una bolsa de seda, que tendió al viejo sargento.

—Tomad, valiente militar, le dijo, quiero que bebais con vuestros compañeros por la glo-

ria y la salud de Mr. de Koenigsmark..... Venid, Dietrich.

—Gracias, mi buen caballero, dijo el soldado llevándose la mano al sombrero; pero, á la verdad, la bolsa está demasiado bien provista para eso: esos pícaros turcos, que solo beben agua, no hacen encarecer la uva en el país.

—Pues bien; entonces distribuid vuestro dinero en dos partes: bebeos la una, y la otra distribuidla entre los Suecos que han quedado heridos en la pasada noche.

—¡Famosa idea! Así podrán decir que tenemos el vino tierno.

—¡Hasta la vista, Frantz! gritó Dietrich clavando espuela á su caballo para seguir á su ama.

Cuando los tres ginetes llegaron delante de la tienda del general, echaron pié á tierra.

—Descansad durante dos horas, amigos míos, dijo Andrea á Margarita y á Dietrich, y volved á buscarme aquí; haré que adviertan al centinela que os deje pasar.

—¡Oh! no estamos cansados, y ante todo vamos á anunciar vuestra llegada al señor conde.

—No, dijo Andrea con viveza deteniendo al viejo servidor; no, que ignore todavía mi presencia aquí; quiero reservarme la ventura de sorprenderle. Ya no estamos en la corte de Hannover, mi buen Dietrich, y la etiqueta es desconocida en el ejército.

—Os obedeceré, dijo Dietrich inclinándose.

—¿Dónde está el general Steuben? dijo Andrea al centinela que estaba delante de la tienda.

—El general ha ido á visitar los trabajos, y hasta dentro de una hora, por lo menos, no volverá, dijo un oficial jóven que acababa de levantar la cortina que cerraba la entrada de la tienda del general.

—Entonces le esperaré, replicó la condesa adelantándose resueltamente.

—Perdonad, caballero, perdonad, continuó el oficial cerrándole el paso; pero el general no recibe con tanta facilidad á un extraño.

—No creo ser un extraño para el general, y además traigo un parte del príncipe Jorge.

Y la condesa sacó de su pecho un sobre grande sellado con las armas de Hannover.

—Entonces seguidme, repuso el oficial levantando completamente la cortina que cubria la entrada de la tienda.

Andrea entró en una sala, en cuyo centro habia otros dos oficiales jugando á los dados sobre un tambor. El oficial que acababa de introducirle le tendió entonces el cubilete que tenia en la mano, y señalando á la mesa improvisada, le dijo:

—Si para entretener el tiempo quereis jugar algunos golpes, serémos dos contra dos.

—Acabo de andar cerca de doscientas sesenta leguas á caballo, y os confesaré que esa caminata no me inspira el deseo de probar fortuna.

—Es cierto, repuso uno de los jóvenes levantándose; pero confio en que no os negaréis á vaciar con nosotros un frasco de tokay.

—No, dijo Andrea alegremente, si seguimos siendo dos contra dos.

El oficial puso sobre el tambor una botella forrada con un enrejado de paja, y unas copas que llenó por igual.

La condesa tomó una, y quitándose el sombrero dijo:

—¡Bebo por el triunfo de vuestras armas y á vuestra salud, señores!

Y se llevó la copa á los labios.

—A vuestra salud, caballero, y á la de los amigos que hemos dejado en Hannover, dijeron los tres oficiales.

Mme. de Ruminghem observó muy luego que uno de los jóvenes la observaba con singular atención.

—¿Qué teneis, caballero? le dijo mirándole resueltamente. ¿Creeis haberme visto en alguna parte?

—Perdonad, caballero; pero os pareceis de una manera tan singular á una hermana jóven que he dejado al lado de la princesa de Tell....

—Entonces sois Mr. de Wurzen, dijo la condesa interrumpiéndole.

—Sí, dijo el oficial algo sorprendido.

—En efecto, repuso Andrea, mi semejanza con la señorita Luisa de Wurzen es casi prodigiosa.

—Pues bien, caballero; ahora que sabéis ya por qué os miraba hace un momento, no dudo que comprenderéis el sentimiento que me impulsa a pedir vuestra mano.

Las mejillas de la condesa se tiñeron de leve rubor; pero reponiéndose en seguida, se quitó el guante y tendió su linda mano al hermano de la señorita Luisa de Wurzen.

—Gracias, caballero, dijo el joven, en cuyo semblante se reflejó durante un momento una expresión de júbilo.

Andrea comprendió que la conversación iba a tomar un giro peligroso para su incógnito, y por lo tanto, juzgó prudente cortarla bruscamente.

—Mr. de Wurzen, dijo con una franqueza alegre, ¿estabais muy cansado cuando llegasteis al campamento de Debreczin?

—Ya no podía tenerme á caballo.

—Pues bien, os confieso con la mayor vergüenza, que, no obstante el cordial que me habeis hecho beber, conozco que me voy a desmayar si no descanso un poco al momento.

—¡Ah! pobre joven! exclamó el oficial que le habia introducido en la tienda, y os estamos haciendo hablar de pié! Entrad ahí, es la habitación del general y echaos en su cama de campaña.

—Hasta la vista, señores, dijo la condesa volviéndose en el umbral de la puerta.

Cuando Andrea se quedó sola, se quitó su sombrero y su espada, y empujando con el pié un almohadon hasta una esterilla colocada en el extremo opuesto de la tienda, se tendió en ella, se echó los brazos sobre la cabeza y cerró los ojos.

—¡Qué guapo mozo! dijo el oficial volviendo a sentarse junto a sus amigos.

—Sí, repuso Mr. de Wurzen, podria llevar un traje femenino con la misma gracia que el caballero Eon de Beaumont, de quien tanto hablan en la corte de Francia.

—¿Si será una mujer?

—¿Habia de andar trescientas leguas para traer un parte? ¡Qué locura!

En aquel momento entró un soldado y colgó un farol encendido de una cuerda que caía en medio de la tienda.

—Acabemos nuestra partida, dijo Mr. de Wurzen moviendo los dados en el cubilete que habia vuelto a coger.

—Wurzen tiene formal empeño en perder esta noche su ultimo *batzen*, repuso uno de los jugadores; démosle ese gusto.

—Corriente.

Durante algunos minutos solo se oyó el ruido de los dados.

—¿Sabeis que tarda mucho el general? A vos os toca señalar el punto, Wurzen.

—Ha ido hasta la trinchera de los suecos a complimentar á Mr. de Koenigsmark. A propósito, Reytel, ¿qué diablos le daran á ese querido conde?

—Le darán..... la ocasion de hacer que le maten en el primer encuentro.

—¿Y por qué?

—¡Es verdad, mi pobre Sturler! acabais de llegar de Mecklemburgo, y no os hallais al corriente de los negocios: mirad, Wurzen os contará eso.

—¡Oh! es toda una historia, repuso el joven oficial echando los dados; y aunque no sea muy divertida, os la contaré en pocas palabras, porque podrá seros útil en alguna ocasion.

—Procuraré tener buena memoria.

—Hace algunos años, el principe Jorge de Hannover, que habia ido á pasearse á Londres, se enamoró perdidamente de su prima Ana Stuard, que hoy es reina de Inglaterra. La joven princesa, por su parte, que habia reparado en la buena presencia de su primo, no tardó en compartir tan bella pasión, y las cosas caminaron tan bien y tan pronto, que un mes despues no se hablaba en la corte de Londres mas que del próximo enlace de la princesa Ana con Jorge de Hannover.

Pero el elector Ernesto-Augusto, cuyas miras limitadas y mezquinas no se estendian mas allá de su pequeño electorado de Hannover, creyó dar un golpe maestro asegurándose la sucesion de la casa de Brunswick-Luneburgo por medio de un enlace.

—Muy bien; pero no comprendo qué pueda tener que ver Mr. de Koenigsmark en todo eso.

—Pronto llegaremos á ello. El principe Jorge, sometido ciegamente á las órdenes de su padre, salió bruscamente de la corte de Londres para regresar á Hannover. Su padre, presentándole entonces la hija del anciano duque de Tell, la princesa Sofia, le dijo: «Hé aqui la mujer que os he escogido: esta misma noche repicarán las campanas de Hannover para anunciar vuestra boda.» Y en efecto, en aquella noche se casaba el principe Jorge en la capilla de palacio con Sofia de Tell, á quien nunca habia visto, á quien nunca habia de amar. Sin embargo, como al dia siguiente intentó la princesa envenenarse, Jorge quiso conocer la causa de aquella desesperacion, y supo que Sofia amaba á un oficial joven, á Mr. de Koenigsmark; que, habiéndose criado juntos en Luneburgo, se habian jurado mutuamente morir antes que hacer traicion á su juramento. Separados violentamente por la voluntad del duque de Tell, el conde recibió la orden de salir de Luneburgo, y Sofia, arrastrada casi por fuerza á Hannover, llegó á ser princesa en pocas horas.

—¿Y el conde no temió volver?

—El conde se trasladó á Suecia, se alistó como simple soldado, y se reunió con el ejército que estaba batiéndose en Hungría. Queriendo él tambien cumplir su juramento, se lanzó veinte veces á cierra ojos en lo mas fuerte de la pelea; pero la muerte no queria alcanzarle, y como Sofia, se vió condenado á vivir. Hace dos años, cuando el elector de Hannover tomó á sueldo á un regimiento sueco, el rey Carlos XII, que se habia reservado el derecho de nombrar al coronel de aquel regimiento, confió su mando al conde de Koenigsmark, que habia ganado todos sus grados en el campo de batalla.

—¿Y el elector ratificó ese nombramiento?

—El principe Jorge insistió en tal manera con su padre para que mantuviese á Mr. Koenigsmark al frente de los drabanes de Suecia, que el elector juzgó oportuno ceder.

—El principe Jorge dió con eso una prueba de talento y de tacto.

—No os apresureis á juzgar los actos del principe Jorge, querido Sturler: con él los sucesos rara vez justifican los cálculos.

—El sultan Ahmed III tiene bombarderos muy hábiles, y no todas las balas se entierran en los gabiones de la trinchera.

—¡Diablo! hé ahí un celoso terrible, murmuró Sturler entre dientes.

—Sí, repuso Reytel á media voz, y lo mas curioso del caso es que se supone que el principe, al enviar á Mr. de Koenigsmark al sitio de Debreczin, no tuvo por móvil el recuerdo de sus pasados amores con Mme. de Tell.

—¡Ah! ¿pues qué otro motivo le atribuyen? dijo Wurzen con suma curiosidad.

—Se asegura que Jorge ama á la condesa de Ruminghem, esa linda joven que se comprometió tan abiertamente por Mr. de Koenigsmark, y que solo ha enviado al conde á Debreczin para separarle de ella.

—Pues bien, hé ahí un rasgo que robustece mi mala opinion acerca de.....

—¡Silencio! murmuró Reytel apretándole el brazo; guardad para vos vuestra opinion, querido Sturler, que el sitio está mal escogido para decirlo en alta voz.

—No conozco á esa Mlle. de Ruminghem, repuso Sturler levantándose; pero como ama á un caballero tan valiente como buen mozo, y el *deus ex machina*, que se cierne sobre esa pareja, nada tiene de simpático, formo los votos mas sinceros para que en el desenlace de ese drama reciban, por fin, su recompensa la constancia, el valor y todas las virtudes.

Un redoble de tambores interrumpió súbitamente esta conversacion.

—¡El general! dijeron Wurzen y Reytel abrochándose apresuradamente los cinturones de sus espadas.

El general Steuben entró en el momento en que los tres alféreces iban á salir.

—Dejadme, señores, dijo con voz breve sin volver la cabeza hacia ellos.

Luego, dirigiéndose á Frantz, que permanecía inmóvil y mudo en la entrada de la tienda, añadió:

—Mandad entrar al parlamentario.

—Mi general, repuso Reytel adelantándose, durante vuestra ausencia se ha presentado.....

—Mas tarde me hablaréis, caballero, dijo Steuben con sequedad, ya os he dicho que deseo quedar solo.

Los tres oficiales se inclinaron silenciosamente y se retiraron.

II.

El general tiró su sombrero y su capa sobre un banco, y dirigiéndose al segundo compartimento de la tienda, dirigió una mirada al interior para examinarle.

Los pliegues de la cortina que acababa de levantar con la mano izquierda, le ocultaban completamente á Andrea, que continuaba tendida en la esterilla.

—Mi general, el parlamentario, dijo el sargento apartándose á un lado para dejar pasar á un hombre de atezado rostro, que llevaba en la cabeza un casquete de acero, y por encima de su caftan de tafete encarnado, una cota de malla.

El parlamentario anduvo dos pasos y se detuvo inmóvil, con la mano apoyada en la empuñadura de su sable.

Aquel personaje, en la media sombra en que se hallaba colocado, tenia algo de sobrenatural. Parecia una estatua de ébano y de hierro.

—Frantz, haced que los centinelas se alejen lo menos á la distancia de treinta pasos de la tienda, y que nadie pueda acercarse hasta nueva orden.

El sargento hizo un saludo militar y salió.

Steuben señaló entonces al enviado de Ahmed un cogen colocado en medio de la tienda, y se sentó sobre el tambor que habia servido de mesa de juego á sus oficiales.

Hubo un momento de silencio.

Parecia que el general vacilaba para entablar la conversacion. El parlamentario fué el primero que tomó la palabra.

—Hé aqui, dijo sacando de su caftan un rollo de pergamino, del que colgaban dos sellos de cera verde, el firman que me acredita cerca de vos. Su alteza, mi amo, ha hecho que le traduzcan al alemán á fin de que podais enteraros de él en seguida. Leed.

Steuben desarrolló el pergamino y le recorrió con aspecto preocupado y distraído.

—Está bien, dijo; teneis plenos poderes para tratar conmigo, señor Orkhan; vamos á entendernos perfectamente.

—Así lo espero.

—Arreglemos ante todo las condiciones del cange de nuestros prisioneros.

—Esas condiciones serán muy sencillas, dijo Orkhan con calma. Tenemos dentro de nuestros muros treinta soldados y oficiales hannoverianos que os entregaremos en cambio de treinta de los nuestros.

—Pero el número de prisioneros turcos que tenemos en nuestro poder, repuso Steuben, es mucho mas considerable: asciende á cerca de ochenta. ¿Qué harémos con los cincuenta prisioneros que quedan por cangear?

—Fijad vos mismo su rescate.

—Entre esos prisioneros se encuentra el bajá, que mandaba vuestra artilleria.

—Os ofrezco dos mil cequies por su cabeza.

—¿Dos mil cequies? Es un trato excelente para vos; os ha prestado y os prestará todavía servicios que os valen mas que eso.

—No me habeis comprendido, repuso Orkhan con la misma impasibilidad: que S. A. haga que corten la cabeza al bajá en las murallas de la ciudad, ó que yo le envíe esa misma cabeza des-

de el campo cristiano, le importa muy poco, porque el resultado es el mismo. A ese prisionero, vivo ó muerto, le estimo en dos mil cequies.

—¡Diablo! murmuró Steuben: S. A. tiene caprichos que deben costarle muy caros. ¿Sabeis, al menos, por qué ha de ser tratado de ese modo el pobre bajá?

—Sí; pero no tengo encargo de comunicárselo.

—No insistiré.

—Entonces ¿qué decidís?

—A la verdad que me dan ganas de guardar á vuestro hombre, y estoy seguro de que si yo consultase su opinion, aprobaria en extremo esta resolucion desinteresada.

—Reflexionadlo bien, general, antes de adoptar ese partido. Si conservais en vuestro poder al bajá, conservaremos nosotros á Mr. de Stolberg, á ese valiente capitan que hace tres meses que está libre bajo palabra, en Debreczin, y es muy probable que, para induciros á usar de represalias respecto del bajá, le atemos un día á la boca de una culebrina en el momento de hacer fuego.

Un relámpago de cólera pasó por los ojos del general; pero se contuvo y repuso con voz dulce y cariñosa:

—A la verdad, señor Orkhan, que me causaria sumo pesar veros adoptar una determinacion tan sensible. Sin ser tan ingenioso como vos, creo que si tomase el trabajo de reflexionar un momento, encontraria alguna cosa tan curiosa como vuestra culebrina. Tengo bombarderos muy hábiles, que en tal ocasion, no manifestarian escrupulo alguno para lanzar por encima de vuestras murallas unas cincuenta cabezas turcas á manera de bombas. Os lo repito, señor Orkhan, no coloquemos la cuestion en ese terreno. Lo que acabais de decirme acerca del bajá, me hace esperar que esta entrevista tendrá mejores resultados para ambas partes interesadas. Escuchadme, pues, con atencion, y sobre todo no veais en mis palabras ningun ardid de guerra, ningun lazo tendido á vuestra buena fé.

Sacando entonces de su bolsillo un plano que arrolló en sus tres cuartas partes para no dejar ver al enviado mas que un solo punto estratégico, le designó la parte Sur de la tercera paralela, que formaba un semi-círculo á trescientas toesas de las murallas de Debreczin, y le dijo:

—Mirad atentamente á este plano y observad bien este punto de la trinchera que se halla señalado con tinta encarnada.

—En este mismo momento podria reproducirle exactamente, dijo Orkhan con seguridad.

—Pues bien, prosiguió Steuben en voz baja, haced que vuestros soldados, que en este momento están abriendo una mina para volar una parte de la trinchera y arruinarla, abran una galería que vaya á parar al mismo sitio que os he hecho observar; que coloquen allí el hornillo de la mina, y os juro por mi honor de soldado....

—¡Vuestro honor de soldado! repitió Orkhan, en cuyo semblante se reflejó en seguida una expresion tan irónica y despreciativa que Steuben se puso pálido.

—Y os juro, repuso el general, que una hora despues de que se haya dado fuego á esa mina, los cincuenta prisioneros turcos de quienes os he hablado se evadirán sin correr peligro alguno.

—Entiendo, dijo Orkhan recalando todas sus palabras: tambien el general Steuben tiene un bajá de quien quiere desembarazarse.

—Os contestaré á mi vez que ese secreto no os pertenece.

—Confesad que vuestros caprichos son aun mas onerosos que los del sultan mi amo. Lo que él paga con zequies, vos lo pagais con hombres.

—¡Qué os importa, exclamó Steuben impetuosamente, si el trato es ventajoso para vos!

—¡Oh! nada temais, le acepto con júbilo y hasta con gratitud; nos facilitais los medios de haceros daño, y no regatearemos lo mas minimo.

—¿Y cuando obraréis? repuso Steuben al cabo de un momento de silencio.

—Mañana por la noche. ¿Es demasiado pronto?

—No, es precisamente el tiempo que necesitáis.

—Yo mismo dirigiré los trabajos.

—Entonces estoy tranquilo, pues todo irá bien, dijo Steuben levantándose.

—Mañana, al salir el sol, los treinta prisioneros hannoverianos, que se hallan en este momento en Debreczin serán conducidos por un parlamentario á doscientos pasos de nuestras líneas.

—El cange se hará con entera lealtad, os lo aseguro.

—De ese modo, añadió Orkhan con una sonrisa que hizo destacasen sus dientes blancos sobre su piel de ébano, nadie supondrá que hemos conspirado juntos, y los treinta que lleguen por la mañana podrán llenar el hueco de los que mueran por la noche.

—¡Frantz! gritó el general levantando la cortina que cerraba la entrada de la tienda, Frantz!

El sargento acudió presuroso al oír su voz.

—Llevad al parlamentario hasta las avanzadas. Dios os guarde, Sr. Orkhan.

—¡El profeta os ilumine! repuso el enviado de Ahmed llevándose la mano izquierda á la frente, á los labios y al corazón.

—¡Todo irá bien! murmuró el general descolgando el farol y entrando en la otra pieza, esos perros malditos no escasean la pólvora en tales ocasiones, y nada habrá perdido el principe Jorge con aguardar.

El resplandor rojizo y vacilante del farol alumbró en aquel momento á la condesa, quien continuaba tendida en la esterilla, durmiendo con un sueño sereno y tranquilo.

Un grito ahogado espiró en los labios de Steuben.

—¡Andrea!... dijo con voz alterada, despues de haber acercado el farol al rostro de la condesa.... ¡Andrea aquí, y yo me negué á escuchar á Reytel cuando sin duda iba á anunciarme su llegada! ¡Dios mio! si bubiese oído lo que acababa de decirse aquí!... si no estuviese dormida!...

Una resolucion repentina cruzó por su mente. Puso el farol en el suelo, sacó una pistola de su cinturón, é inclinándose hacia Andrea de modo que no perdiese un solo movimiento de su rostro, dijo á media voz:

—¡Andrea, si estás despierta, reza tu oracion postrera, pues por el Dios vivo te juro que vas á morir!

Y montó lentamente su pistola.

La condesa permaneció impassible, y el ruido de su respiracion continuó tan sereno y regular como antes.

Steuben la observó silencioso durante algunos segundos.

—¡Loado sea Dios! dijo levantándose y poniendo sobre una mesa la pistola y el farol, está dormida.

Los centinelas, que comenzaban á lanzar en medio del silencio de la noche su triste grito de alerta, despertaron de improviso á Mme. de Ruminthem.

Se incorporó apoyándose sobre un codo, lanzó un gemido leve y lastimero, y sacudió su linda cabeza morena como un nadador que sube á la superficie del agua.

Steuben le tendió sus dos manos para ayudarla á levantarse.

—¡Querido tío! exclamó Andrea alegremente echándose en sus brazos.

Steuben apoyó sus labios en la frente de su sobrina.

—¡Tu en Hungría, querida sobrina! dijo fingiendo emocion; ¿qué vienes á hacer aquí?

—En primer lugar, á veros, querido tío.... pero antes de hablaros de mí, general, permitid que desempeñe mis funciones de correo de gabinete.

Y le entregó el despacho del principe.

Steuben rasgó el sobre, y pareció que daba muy poca importancia al contenido.

—Pero no es solo para traerme este despacho.... repuso mirando á su sobrina con inquieta sorpresa.

—¿Para lo que he venido? dijo Andrea interrumpiéndole; no por cierto, y el principe no ha hecho mas que aprovechar mi viaje para enviarnos ese pliego. Ya os lo he dicho, tío, he abandonado el Hannover mucho por culpa vuestra, y

algo, tambien, por verificar un espedicion interesante y curiosa. Debeis recordar que mi carácter aventurero me hace obrar de distinto modo que las demás mujeres. La sola idea de encerrarme en una silla de posta me daba un vértigo. Cansada de la Francia y de la Italia, cuyos rincones todos me eran conocidos, juzgué mas original y divertido venir á Hungría á asistir al desenlace de este gran drama politico que preocupaba á toda la Alemania. Siguiendo de jornada en jornada al ejército del duque de Lorena, calentándome en los fuegos de vivac, durmiendo en medio del campo, y devorando con buen apetito el pan de centeno de mis valientes compañeros de camino, he encontrado en esa vida nómada, en esas fatigas y esos peligros, goces desconocidos, placeres nuevos para mí. Ahora solo me resta recibir el bautismo del fuego, y cuento con vos, querido Steuben, para que seais mi padrino.

—¡Pardiez! te voy á confiar al momento el mando de una compañía de piqueros.

—No; pero si alguna vez enviáis un parlamentario á Debreczin, pensad en mí, querido tío, pues me agradaria en extremo conocer á ese terrible sultan Ahmed III.

—El sultan está en Constantinopla.

—¡Es verdad! entonces me contentaré con su lugar-teniente Selim, á falta de otra cosa mejor.

—Te prometo tomar en consideracion tu supplica. ¿Has venido sola?

—¡Oh! he traído conmigo dos edecanes, Dietrich y Margarita. A propósito, tío: ¿no se cena aquí?

—Sí por cierto, querida niña.

—Entonces me convido, porque en este momento opino que el proverbio que dice: *Quien duerme, come*, es una paradoja detestable.

—Voy á dar la órden de que nos sirvan al momento, repuso Steuben dirigiéndose hacia la puerta.

—Eso es, y como mis dos compañeros de viaje deben impacientarse aguardándome, encargué á Mr. de Wurzen que cuide de ellos hasta mañana; desempeñará gustoso ese encargo si le decis que se lo agradecerá mucho el caballero que se parece tanto á su hermana la señorita Luisa de Wurzen.

—Queda convenido, y al propio tiempo mandaré á Frantz que disponga esta tienda para tí. Yo me trasladaré á nuestra sala del consejo.

—¡Vamos! ahora quereis tratarme como á una dama delicada y elegante! Conservaréis vuestra habitacion, querido Steuben, y solo haréis que me den un almohadon mas y una capa para envolverme esta noche; mañana proveerémos, porque, en mi calidad de embajador, reclamaré del general Steuben una tienda para mí y para mi comitiva.

—Al salir, comenzarán á trabajar mis peones. Vamos, por de pronto, á lo mas urgente, que es la cena.

—Hasta la vista, tío, dijo Mlle. de Ruminthem mirándole mientras se alejaba.

Cuando Andrea se hubo quedado sola, se fue en derechura á la mesa, cogió la pistola que Steuben habia dejado en ella, é hizo sonar los muelles diferentes veces.

—Es buena arma, dijo con una sonrisa singular.

III.

En el dia siguiente al de la llegada de la condesa al campo de Debreczin, se disponia un triste espectáculo en la trinchera de los suecos.

Los últimos rayos del sol poniente iluminaban una *estrapada* ó máquina de tormento, levantada en medio de la plaza de armas. El brazo descarnado de la hedionda máquina se cernia en el aire, y la cadena, que muy luego iba á dislocar los hombros y los brazos del reo, se balanceaba á pocos piés del suelo.

Durante el combate que habia tenido efecto la antevíspera, un soldado, aterrado por la vista de la sangre, aturdido, deslumbrado por el humo y el ruido, abandonó el puesto que le estaba confiado para replegarse hasta aquella misma plaza de armas en que se alzaba en aquel momento el instrumento de su suplicio.

Sentenciado por este hecho á recibir cuatro golpes de estrapada, es decir, á quedar estropeado para siempre, el desventurado aguardaba desde la vispera la ejecucion de su sentencia.

Un redoble de tambores reunió muy luego á todos los drabanes que no estaban de servicio; cuatro hombres se quitaron la casaca y cogieron las cuerdas que habian de poner en movimiento el brazo de la máquina.

Dos sargentos, escogidos entre los mas antiguos del cuerpo, aparecieron al fin con el reo, y mientras los tambores tocaban un redoble para hacer que las tropas formasen en semi-círculo, le ataban las manos detrás de la espalda y le pasaban la cadena por debajo de los brazos y alrededor de las muñecas.

A una señal del oficial que mandaba la ejecucion, los cuatro hombres tiraron de las cuerdas, y la cabeza pálida y descompuesta del paciente se elevó lentamente sobre la multitud.

—¡Deteneos! gritó una voz imperiosa y grave. Y el coronel de los drabanes de Suecia, el conde Felipe de Koenigsmark apareció en el círculo formado en torno del reo.

Los cuatro ejecutores alojaron suavemente las cuerdas de la máquina, y los piés del paciente tocaron de nuevo al suelo.

—¿Qué fecha tiene la sentencia de este hombre? preguntó el coronel al oficial.

—La de ayer, mi coronel.

—Es nula, repuso el conde sacando de su bolsillo un pergamino que entregó abierto al oficial. Hace ya tres dias que he abolido los castigos corporales en el regimiento. Los grillos y el fusilamiento sustituirán en lo sucesivo á los azotes, el tormento y los mosquetes sostenidos en la cabeza. Desatad á ese desgraciado y haced que desaparezca ese aparato hediondo; que sus restos os sirvan para alimentar esta noche el fuego de vuestro vivac.

—¡Viva el coronel! viva nuestro valiente jefe! gritaron los soldados precipitándose sobre la estrapada que comenzaron á destrozar á hachazos.

—En cuanto á ese hombre, repuso el coronel señalando al reo, á quien acababan de desatar, como es preciso que sea castigado, yo decidiré acerca de su suerte despues de haberle oido. ¡Que me siga!

Y atravesando la plaza de armas en medio de los vivas y aclamaciones de los soldados, entró en la galería del sur de la trinchera, sin oír al paso mas que bendiciones y gritos de júbilo.

Felipe entró en una tienda pequeña, ó por mejor decir, en una habitacion reducida practicada en el extremo de la trinchera.

Una especie de techo de lienzo, enganchado en los gabiones que se alzaban por la parte de la ciudad, la libraba del sol y de la lluvia. Unos tapices viejos, tendidos en las paredes de tierra, la libraban mas ó menos mal de la humedad. Una cortina que corria sobre una varilla de hierro, cerraba aquella habitacion por la parte de la galería. Un canapé, una mesa de roble, un sillón y una arca de madera, eran los únicos muebles que allí se veían. Una lámpara pequeña de hierro, colocada sobre la mesa, proyectaba su resplandor rojizo y vacilante á una distancia de algunos piés.

El conde se dejó caer con desaliento sobre el arca de madera, y apoyó su mano derecha sobre los ojos, como si aislando su pensamiento de los objetos que pudiesen distraerle quisiera concentrar su imaginacion en un solo punto.

El soldado, que habia entrado detrás de él, se mantenía humildemente de pié arrimado á la pared.

El héroe de nuestra novela acababa de cumplir treinta y tres años, de estatura mediana, pero elegante y vigorosa en sus proporciones, el conde pasaba por ser uno de los caballeros mas gallardos y cumplidos del siglo xviii, tan fecundo en tipos magníficos. Era el tipo ideal del cortesano fino, burlon y hermoso, seguro de agradar y deleitar, y cuya mano femenina manejaba tan bien la espada, como el pañuelo de batista. Una cabellera negra como el ébano, caía sobre la frente blanca y despejada, iluminada por dos

ojos llenos de expresion. Pero su fisonomía entera estaba en su boca, soberbia y burlona, que parecia hallarse tan dispuesta á la ironía como á mandar.

El uniforme de Mr. de Koenigsmark era de los mas severos.

Un jubon largo de cuero natural bajo una coraza de acero bruñido. Mangas de paño verde ceñidas á los brazos y listadas horizontalmente con galones de plata; botines largos de cuero amarillo que le subian hasta mas arriba de la rodilla y estaban sujetos con hebillas de acero. Por último, un ancho sombrero de fieltro blanco adornado con una pluma verde.

Pero el adorno mas pintoresco de este traje era un ancho cinturón turco de seda recamada de oro, y del cual colgaba un sable de Damasco con empuñadura de marfil y de coral.

—Acércate, dijo el conde bruscamente levantando la cabeza.

El soldado avanzó tres pasos.

—¿Por qué abandonaste tu puesto durante el combate?

—Tuve miedo, dijo el soldado con voz firme.

—¡Miedo! repitió Mr. de Koenigsmark fijando en él una mirada amenazadora; ¿y no temes confesarlo?

—¿Por qué he de añadir una mentira á mi primera falta?

—Sin embargo no eres cobarde; tu capitán me ha dicho que eras uno de los mejores soldados de su compañía. Vamos, dime algo para defenderte.

—¿Qué quereis que os diga, mi coronel? lo que ha sucedido me parece que no ha sido mas que una pesadilla. Cuando oí el fuego de fusilería en las avanzadas, me levanté muy decidido á cumplir valerosamente con mi deber; pero cuando iba corriendo por la trinchera para dirigirme á la batería grande, un compañero que acababa de trepar á los gabiones para ver lo que pasaba fuera, cayó sobre mí cubriéndome con su sangre.... Una bala de cañon acababa de llevarle la cabeza.... Cegado por aquella sangre tibia que corria por mi rostro, quedé como petrificado por el terror, mirando á aquel cadáver mutilado. Muy luego oí gritos y tiros á pocos pasos de mí, era el enemigo que atacaba la trinchera. Me precipité hacia adelante; pero tenia el corazón helado y sentía que me temblaban las piernas.... Ya adivináis lo demás, mi coronel.

El conde se levantó y fué á sentarse delante de su mesa.

—¿Cuál es tu nombre? repuso comenzando á escribir.

—Arnheitter.

El coronel se detuvo de improviso y levantó la cabeza.

—Eres sueco, ¿verdad?

—Sí, mi coronel, del Lans de Christianstadt.

—Pero no viniste de Suecia con nosotros, ¿no es cierto?

—No, mi coronel, residía en Luneburgo y me alisté cuando el regimiento pasó por la provincia.

—¡Ah! repuso Felipe con leve emocion, has estado en Luneburgo!

—Durante veintidos años, mi coronel. El anciano duque de Tell queria hacerme ingresar en su servidumbre, con motivo de un servicio que tuve la suerte de prestarle; pero yo creí que sería un buen soldado, y lo rehusé.

—¿Qué servicio habias prestado al duque?

—Al pasar el rio en mi barca, la jóven princesa Sofia, que entonces solo contaba catorce años de edad, se cayó al agua por estar jugando con una cuerda de la barca: la corriente era rápida y violenta en aquel sitio; pero yo era buen nadador.... Ya adivináis lo demás, mi coronel, añadió, empleando en su cándida sencillez, para el relato de su buena accion, una fórmula semejante á la que habia escogido para disculparse.

—¿Segun eso, repuso el conde con bondadoso acento, salvasteis la vida á la princesa de Tell?

—Sí, mi coronel.

El conde rasgó la orden que acababa de escribir.

—Cuando os arrojasteis al rio para salvar á la princesa, ¿pensasteis en que podiais perder?

—Sí, lo confieso: conocia harto bien aquel sitio para no abrigar tal temor.

—¿Y no os contuvo eso?

—No.

—Estais libre, Arnheitter....

—¡Libre yo! exclamó el soldado aturdido por aquella declaracion.

—Vuestro nombre permanecerá en las listas de la compañía, pero con una condicion, y es que en el primer encuentro os lanzaréis á la pelea sin calcular el peligro, y traeréis vuestro honor de soldado limpio de toda mancilla, ó moriréis en el campo de batalla.

—¡Gracias, mi coronel, gracias! despues de haberme salvado del suplicio, me ahorrais la vergüenza de la degradacion.

—Dad gracias tambien á la princesa Sofia de Tell, dijo la condesa de Ruminghem con voz dulce y triste, apareciendo de improviso.

—¡Andrea! exclamó el conde estupefacto al ver aquella aparicion.

El soldado se inclinó y salió, dejando caer en pos de sí la cortina que cerraba la entrada de la habitacion.

—¡Andrea! querida Andrea! dijo el conde con voz conmovida, atrayendo hácia sí á la jóven y cogiendo su linda cabeza con ambas manos para cubrirla de besos.

—¡Ah! ahora me veo bien resarcida de todas mis fatigas y molestias. ¿Continuáis amándome Felipe?

—¿Dudabais de mí, por ventura, Andrea? dijo el conde con tono de dulce reconvenccion.

—¿Hubiera venido si se me hubiera ocurrido ese mal pensamiento?

—¡Oh! yo os aguardaba, exclamó Felipe con apasionado acento.

—¡Me aguardabais! dijo Andrea algo sorprendida.

—Sí, porque contaba tanto con vuestro valor y vuestra voluntad, como con vuestro corazón. Ya veis que soy mejor que vos, puesto que nunca he dudado. Vamos, sentaos ahí, querida Andrea, y habládme durante mucho tiempo.

Y el conde, apoyando el brazo de la condesa en el suyo, la condujo al sillón y se arrodilló delante de ella, teniendo sus dos manos en las suyas, como dos pajarillos frioleros.

—¿Por donde quereis que comience, Felipe? dijo fijando en él una mirada alegre y cariñosa.

—Habladme de vos misma, solo de vos, Andrea.

—¿De mí? ¿Y qué podré deciros sino que estos dos meses que acaban de trascurrir son para mí como una pesadilla, y que ahora soy la mujer mas feliz; dejadme que hable, mas bien, de los que están lejos de vos, de vuestros amigos.

—¡Mis amigos! dijo Felipe con amargura, no conozco amigos.

—Vamos no seais ingrato ú olvidadizo: mirad, no habré de buscar mucho para citaros tres nombres.

—Que son....

—En primer lugar aquel pintor jóven en cuyo estudio soliais pasar tantas horas.

—Karl Brawer, dijo el conde, en cuyo semblante se reflejó en seguida una expresion mas dulce; sí, ahora recuerdo, era un corazón noble, un verdadero artista. El pobre mozo no hacia fortuna con sus pinceles. ¿Es mas feliz ahora?

—Sí, dijo la condesa, vuestra amistad le ha sido provechosa; Karl es ahora el maestro de pintura de la princesa Sofia.

—¡Ah! dijo el conde poniéndose algo pálido, me alegro.

Hubo algunos instantes de silencio durante los cuales Koenigsmark se inclinó hácia adelante como para escuchar.

—¿Qué teneis, amigo mio? dijo Andrea.

—Nada, repuso Felipe distraído, nada.... ¿Y quiénes son los otros amigos á quienes debo ar-

repentirme de haber olvidado? añadió esforzándose para sonreír.

—¡Oh! unos servidores fieles, los mismos que, cuando supieron que yo salía de Hannover, no quisieron dejarme marchar sola.

—¡Ah! esta vez adivino, dijo Felipe; me habláis de vuestra hija adoptiva y del valiente Dietrich.

—Justamente.

—Vamos, teneis razon, he sido injusto para con la Providencia. ¡Tres amigos adictos! es mas de lo que puede uno pedir. ¿Qué quereis? La corte de Hannover me habia hecho perder tantas ilusiones, que podia no creerme hoy tan rico.

—¿Y ese pensamiento, ese vacio, no os asustaba?

—No, dijo Felipe, estrechándola sobre su corazon, porque el pensamiento que me consuela de la patria ausente, el recuerdo de mi hermana querida, basta para llenar mi corazon y mi mente.

—¡Felipe querido! dijo la jóven, dejando caer su linda cabeza morena sobre el hombro del conde.

—¿Y me preguntábais si continuaba amándoos, Andrea?

—Sí, dijo la jóven con tristeza, porque no hay juramento que no se olvide, no hay amor que no se destruce. Acordaos, Felipe.

—Sí, repuso el conde con voz vibrante; pero esos juramentos eran hechos con los labios y no con el corazon; y como los juramentos, el amor era una mentira.

—Amores y juramentos que os matan, ó que hacen de vos un héroe.

—Andrea, dijo Koenigsmark, no despertemos á los muertos en su sepulcro.

—¡Es singular! exclamó la condesa; parece que la tierra tiembla bajo nuestros piés.

—En efecto, es singular, repuso el conde, tendiéndose en el suelo y conteniendo su respiracion para escuchar mejor.

—¿Qué hay? preguntó la condesa, algo inquieta.

Mr. de Koenigsmark se levantó con rapidez, y despues de haber reflexionado durante algunos segundos, fué á la puerta de la tienda y llamó á un oficial á quien dió sus instrucciones en voz baja.

—¡Dios mio! ¿qué sucede? repuso la condesa, quien comenzaba á asustarse.

—Vais á saberlo, querida Andrea, dijo el conde siempre sereno; vamos, tranquilizaos, el peligro es lejano todavía.

—¡El peligro! repitió Andrea, cuyos ojos se fijaron en el suelo con espanto.

El oficial con quien habia hablado el conde, volvió á entrar con un soldado que llevaba un tambor al hombro. El soldado puso el tambor bien nivelado en el suelo, mientras que el oficial colocaba encima una bala de fusil y un vaso lleno de agua.

Los cuatro personajes permanecieron inmóviles y mudos durante un minuto con los ojos fijos en los objetos colocados sobre el tambor.

Algunos círculos pequeños que partian del centro del vaso rizaron muy luego la superficie del agua, y la bala de plomo saltó levemente sobre el parche del tambor.

—Mandad que tomen las armas con el mayor sigilo, dijo el conde dirigiéndose al oficial, y enviadme diez mineros de los mas hábiles.

El oficial y el soldado se apresuraron á salir; Andrea parecia hallarse petrificada por el terror.

—Andrea, repuso Felipe con voz breve y casi imperiosa, reunios con Dietrich y regresad al campamento cuanto antes: sea lo que quiera lo que oigais, lo que os digan, no intentéis volver hasta que yo os avise.

—Pero decidme, por compasion, lo que está pasando aqui, porque todos esos preparativos me hielan de espanto.

—Pues bien, el enemigo está abriendo en este momento una mina bajo nuestros piés para volar esta parte de la trinchera.

Andrea apoyó una mano en su corazon para comprimir sus latidos, y de sus labios se exhaló un grito de terror.

¡Cada palabra de la conversacion de Steuben con Orkhan se aparecia en aquel momento en su imajinacion escrita con letras de fuego!

—¡Marchar!..... marchar!..... dijo con estraviado acento, ¡cuando la muerte está ahí! cuando puedo salvarle!.....

Arrojándose entonces en los brazos del conde, le refirió en pocas palabras lo que habia oido en la misma noche de su llegada al campamento.

—¡Ah! dijo Felipe, ahora adivino por qué me han enviado á Debreczin. ¡Sacrificar á tantos soldados valientes cuando podian hacer que me asesinase cualquier bandido! Oh! infames! infames!

—No os he encargado que guardéis secreto, Felipe, dijo Andrea con sencillez; ¡pero si habláis, mi muerte será segura!

El oficial volvió á entrar seguido de los minadores que habia pedido el conde. Todos llevaban picos, zapas, sondas y otras herramientas.

En pocos segundos arrancaron los tapices y trasportaron á gran distancia los modestos muebles de su jefe.

—Mi coronel, dijo uno de los minadores que acababa de clavar su sonda en la tierra, el enemigo solo está ya á tres piés de distancia de nosotros, y antes de media hora prenderá fuego á su mina.

—Marchaos, Andrea, os lo ruego, dijo Felipe con voz suplicante.

—No, dijo la condesa con resolucion, cúmplase la voluntad de Dios: ó quedamos sepultados ambos bajo las ruinas de esta trinchera, ó nos salvamos juntos.

—¡Corriente! dijo Koenigsmark estrechando su mano. ¿Ha conocido el enemigo que acabais de sondear hácia su lado? repuso dirigiéndose al minador, quien con el oido apoyado en el suelo, escuchaba atentamente.

—No, mi coronel.

—Está bien; haced que traigan aquí una bomba y vigas guarnecidas de hierro. Vamos á volar ese trozo de tierra que nos separa de él.

Los soldados que estaban en la entrada de la tienda se apartaron para dejar pasar á dos hombres que llevaban con sumo trabajo una bomba cargada y de cuya espoleta colgaba una mecha de azufre.

Los minadores abrieron con rapidez en el suelo un agujero en forma de horno, en el cual introdujeron el proyectil; el oficial que dirigia los trabajos les indicó entonces la manera de colocar las vigas que habian de proteger en parte aquel lado de la trinchera.

—¿Está todo dispuesto? preguntó el conde montando la pistola que un soldado acababa de entregarle.

—Estamos preparados, mi coronel, contestó el oficial.

—Pues bien, que un hombre de buena voluntad tome una lanza de fuego y vaya á encender la mecha.

El encargo era mas que peligroso; hubo un momento de vacilacion entre los minadores.

Un soldado salió de las filas: era Arnheitter.

—Yo iré mi coronel, dijo adelantándose.

Uno de sus compañeros le tendió la lanza de dar fuego.

—¡Bien, dijo Felipe dándole en el hombro, despues que prendas fuego á la mecha échate boca abajo en el suelo; los proyectiles pasarán por encima de ti sin tocarte.

—Gracias por el consejo, mi coronel, dijo alejándose.

—Atrás todos, dijo el conde con voz de mando, haciendo retroceder á sus soldados á una de las galerías laterales.

Durante algunos segundos no se oyó mas que el ruido de los muelles de los fusiles que rechaban en la oscuridad.

Felipe cogió entonces en brazos á Andrea y la colocó bajo una bóveda pequeña formada con gabiones y sacos de tierra.

—Vamos, gallardo oficial dijo sonriendo, para vos la honra de mandar el fuego.

—¡Fuego compañeros! gritó Andrea alzando su sombrero por encima de su cabeza, y viva el rey Carlos XII.

La tierra tembló bajo los piés de los suecos.

Una esplosion, sorda al pronto, retumbó en las entrañas de la tierra, y mientras que una llamarada se lanzaba hácia el cielo, una nube de polvo y de humo rodaba por la trinchera.

—¡Adelante! gritó Felipe, precipitándose con pistola en mano.

Los drabanes, precedidos por el conde, se arrojaron á la galería abierta por el enemigo, á la que la doble esplosion de la bomba y de la mina habian dejado descubierta, y despues de una primera descarga de fusileria se empeñó el combate cuerpo á cuerpo.

Quince ó veinte soldados turcos habian sido muertos ó espantosamente mutilados por la mina.

En el momento en que Koenigsmark pasaba por encima de los muertos y de los heridos para caer sobre el enemigo, un hombre trepando encima de la brecha, le apuntó con una espingarda de cobre.

—¡Bajaos pronto, mi coronel! gritó una voz en medio de la pelea, y Arnheitter, con el rostro y los cabellos quemados por la pólvora, se arrojó delante del conde para cubrirle con su cuerpo.

El hombre de la espingarda, que era Orkhan, el enviado de Ahmed, hizo fuego, y Felipe y Arnheitter cayeron sobre un monton de cadáveres.

En diez minutos espulsaron los suecos al enemigo de la trinchera, y cuando comenzaron á recoger los muertos, encontraron á la condesa de Ruminghem tendida sin sentido sobre el cuerpo de Felipe de Koenigsmark.

En aquella misma noche fueron trasladados los heridos al hospital de sangre, y Andrea y Dietrich ayudaron al cirujano á poner el primer apósito en la herida del conde.

Terminada la operacion, el cirujano se reunió con el general Steuben y con un oficial hannoveriano que le aguardaban á pocos pasos del hospital de sangre.

—¿Qué hay, doctor? preguntó el oficial á media voz.

—La herida es peligrosa; pero abrigo la esperanza de salvarle.

—Le salvaréis, caballero, repuso el oficial con tono de autoridad. Le salvaréis, porque de esta cura depende vuestro nombramiento de cirujano mayor del ejército. Admitiendo que Mr. de Koenigsmark se restablezca con rapidez, ¿dentro de cuanto tiempo podrá regresar á la corte de Hannover?

—Dentro de dos meses, dijo el doctor despues de haber reflexionado un momento.

—Está bien; os haré un encargo postremo, doctor: no olvideis que el principe Jorge no ha venido al campamento de Debreczin.

—Muy bien, monseñor, dijo el cirujano inclinandose: el futuro cirujano mayor del ejército volvió á entrar en el hospital de sangre y comenzó á preparar sus instrumentos, mientras que Steuben y el marido de la princesa sofia de Teul regresaban á galope al cuartel general.

FIN DEL PRÓLOGO.

I.

MAESE ABRAHMSEN.

De de el miércoles 9 de agosto de 1711 en que la *hermesse* ó feria habia principiado en Hannover, la pequeña aldea de Neusladt ofrecia un cuadro campestre digno del pincel de Craesbeck. Sepultada en medio de un verde castaño, regada por las argentinas aguas del Leyne, Neusladt era el punto de reunion habitual de los vecinos de Hannover, quienes iban los domingos á descansar bajo sus frescas sombras y á comer sobre la yerba en la orilla del rio. Menos bucólicos en sus gustos, los bebedores de vino del Rihn y los fumadores consumados se reunian en la posada de la *Torre de plata*.

Taberna ruidosa en verano, punto de reunion de caza en invierno, casa de postas en todas estaciones, la *Torre de plata* apeataba alternativamente á tabaco y á almizcle.

Ahora bien; en aquel día la *Torre de plata* presentaba una animación y una alegría desusadas: por una parte los plácidos vecinos de Hannover, rodeados de sus mujeres é hijos, circulaban por medio de las cocinas al aire libre y de las mesas cargadas de jarros y de copas; por otra parte los parroquianos del establecimiento, escoltados por los borrachos forasteros, los tocadores de violín y la inclita corporación de los arcabuceros de Hannover.

Entre tanto, un personaje que á ninguna de estas categorías pertenecía, se paseaba gravemente por medio de aquel pueblo alegre y turbulento.

Era un hombre de unos cincuenta años, pequeño, rechoncho y canoso: su fisonomía dulce, plácida, ofrecía una expresión notable por lo bonachona y cándida.

Su traje solo se componía de un calzón y una casaca de color de castaña, y de un sombrero de fieltro gris al que el cepillo había declarado tan cruda guerra, que sus alas consternadas dejaban ver ya los hilos de la trama.

Ninguna espada llevaba ceñida.

Pasando rápidamente por delante de las mesas en que los bebedores conversaban jugando con los vasos, nuestro hombre se detenía enfrente de los fumadores ó de los jugadores, muy deseoso, al parecer, de entablar conversación con ellos.

Unas carcajadas y unos gritos de entusiasmo que partían de un grupo formado en uno de los ángulos de la sala, llamaron muy luego la atención de nuestro observador, quien se encaminó rápidamente hacia aquel lado.

Al cabo de cinco minutos de tropezones y de esfuerzos, logró penetrar en aquel círculo alegre y bullicioso, y vió á un jóven sentado en un banco, y dibujando el retrato en pié de un borracho, á quien dos soldados colorados, y no muy firmes tampoco sobre sus piernas, procuraban mantener en la posición más vertical que podían.

La semejanza progresiva de la copia, y la maestría del lápiz del artista, promovían de vez en cuando ruidosas exclamaciones y aplausos frenéticos. Pero si el modelo que estaba delante del jóven era interesante bajo el doble punto de vista del arte y de lo grotesco, el mismo artista no era menos curioso y digno de estudio.

La belleza casi femenina de su rostro, la blancura y firmeza de sus manos, la elegancia severa de su traje, toda su persona, en fin, formaba un contraste singular con los objetos que le rodeaban; es decir, con la pipa de barro que sostenía entre sus labios, con el jarro lleno de aguardiente colocado junto á él, y con la larga tizona que llevaba colgada de su cinturón de cuero.

Terminado el bosquejo, el borracho se tendió debajo de la mesa, y la multitud se dispersó, mientras que el artista metía apresuradamente su bosquejo y sus lápices en la cartera que llevaba colgada en un costado.

El hombre de la casaca de color de castaña se adelantó, y dándole un golpe amistoso en el hombro, le dijo sonriendo:

—Buenos días, amigo Brawer.

—¡Maese Abrahamsen! exclamó el artista.

Los dos hombres se estrecharon cordialmente la mano.

—¡Cómo! ¿Sois vos, maestro? repuso Brawer mirando á su amigo con sorpresa; ¿os encuentro en Hannover!

—Sí, querido Karl, he vendido mi escritorio de Amberes, y hace dos años que estoy viajando.

—Escelente idea para gastar algunos pedazos de lona para velas. ¿Espero que pensaréis pasar algunos días en Hannover?

—Un mes por lo menos.

—¡Un mes! repitió Brawer lleno de gozo: entonces me apodero de vos, porque no me haréis la injuria de apearos en la posada.

—Gracias, amigo mío, gracias por vuestra simpatía; pero no puedo aceptar vuestro ofrecimiento.

—¿Por qué, maestro?

—Porque como no contaba tener la buena suerte de encontraros, he aceptado la habitación

que el embajador de Inglaterra ha mandado preparar para mí en su casa.

—¿Conoceis al embajador de Inglaterra? dijo el pintor sorprendido.

—¡Oh! solo por haberle visto durante una hora en el palacio de la reina Ana.

—¿Sois recibido en el palacio de la reina Ana? prosiguió Brawer, cuya sorpresa aumentaba á cada palabra del ex-mercader.

—¿Qué queréis? me ha comprado tanta lona para sus buques, que he tenido el capricho de conocer á una parroquiana que, un año con otro, hacia ingresar medio millón en mis arcas. La reina, por su parte, ha deseado ver al hombre que tenía en sus almacenes lona suficiente para cubrir todo el país de Gales. Despues de hablar de velas de buques, hablamos de guarismos. Ya sabeis, Karl, que tengo la jactancia de ser buen aritmético. La reina tenía por las Indias y la América ciertas cuentas bastante embrolladas; me sobraba el tiempo y me hallaba muy dispuesto á hacer un favor á la reina. Durante dos meses estuve alineando hermosas columnas de guarismos, y llegué á encontrar un total general tan diferente del que otros habían hallado antes, que la reina, encantada con mi modo de sumar, me suplicó que me quedase en la corte para revisar, en casos dados, las cuentas de sus ministros.

—¡Diablo! dijo Brawer, la misión era delicada.

—Por eso supliqué á S. M. que tuviese en cuenta que, habiéndome retirado de los negocios para descansar, no podía encargarme de una contabilidad tan complicada. La reina comprendió toda la exactitud de ese raciocinio, y me libró del peso enorme que gravitaba ya sobre mí, pero sin renunciar, sin embargo, á conservarme en su servicio.

—De modo, repuso Brawer interrumpiéndole con suma seriedad, que habeis llegado á ser un personaje en la corte de Londres.

—Sí, dijo Abrahamsen, cuyo semblante se iluminó con una sonrisa de astucia; he llegado á ser el viajero, el correo de confianza de la reina; llevo la orden del Baño á los soberanos extranjeros, y cajas adornadas con diamantes á los poetas que dirigen dedicatorias á S. M.

—Segun eso, habeis venido á Hannover.....

—A entregar á Monseñor Ernesto Augusto, elector de Hannover, la orden de la Jarretiera, que S. M. ha tenido á bien conferirle.

—Muy bien; ¿y estais descansando aquí de las fatigas de vuestra misión?

—No, querido Brawer, porque aun no la he desempeñado. Antes de conocer á la corte, he querido estudiar un poco la clase media.

—¡Oh! recuerdo que erais muy curioso para enteraros de los asuntos de los demás, dijo el pintor con leve ironía.

—Si por cierto, siempre se gana algo, querido Karl.

—Pues bien; repuso Brawer con perfecto aplomo, cuando hayais terminado vuestros estudios respecto del vecindario, yo os serviré de guía en la corte.

—¿Vos, Karl? repuso Abrahamsen mordiendo los labios para no reirse.

—Si por cierto, y eso en mi calidad de maestro de pintura de la princesa Sofia de Tell, nuera de monseñor Ernesto Augusto.

El agente de confianza de S. M. la reina Ana de Inglaterra se puso de pronto muy serio.

—Veo que os he acarreado felicidad, Karl, dijo sonriendo.

—Sí, maese Abrahamsen. Aquellos treinta ducados que me prestasteis cuando salí de Amberes para correr por el mundo, fueron el primer escalón de mi fortuna. Sin haberme elevado en demasia, debo considerarme feliz con la posición que me he creado con mi trabajo.

—Celebro infinito oiros hablar así, porque al pronto hubiera dudado de la realidad. El sitio en que nos encontramos, el modelo que habeis elegido, ese sombrero viejo y esa tizona de capitán, todo eso me ha hecho recordar lo que me contaba mi padre de vuestro abuelo Adriano Brawer, que no obstante todo su talento.....

—Murió á los treinta y dos años en el hospital de Amberes.

—Justamente, querido Karl.

—Tranquilizaos, maestro, lo que habeis juzgado como desorden es arte; mi abuelo solo pintaba escenas de taberna, cabezas de fumadores, riñas de soldados borrachos, cosas todas que exigen se copie servilmente á la naturaleza. Como él, como Van-Ostade, Juan Steen y Craesbeck, soy el pintor habitual de las caras rubicundas, de las matronas risueñas y de los matones barrigudos. Así, pues, preciso es que siga á mis personajes al terreno de sus hazañas. Pero esta vez, la pipa, los naipes, la cerveza y las criadas rubias no me embriagarán como al pobre Adriano.

—Por otra parte, vuestro empleo en la corte debe imponeros deberes, consideraciones.....

—Mi empleo se reduce á pasar dos horas por semana en el estudio de la princesa, y á retocar un poco sus cuadros. Ya veréis, maese Abrahamsen, es una discípula que me honra.

—Os confieso que tengo curiosidad de juzgar su talento; creo poco en los artistas coronados.

—Yo nada creía; pero Sofia de Tell en nada se parece á todas las princesas que hayais podido ver; los primeros estudios, tan penosos, tan áridos para los demás, ayudándola á devorar sus horas de soledad y de tristeza, le han hecho amar su arte como un consuelo y un refugio.

—Si, repuso Abrahamsen con marcada indiferencia, he oido hablar ya de la desunion que existe entre ella y el príncipe Jorge. Ya no recuerdo la causa á que lo atribuyen..... creo que me han hablado de cierto conde de Koenigsmark.

—Perdonad, maese Abrahamsen, dijo el pintor interrumpiéndole; pero creo que podriamos emplear aquí nuestro tiempo mejor que en hablar de esas cosas; si teneis interés en conocerlas, encontraréis en la corte gentes mucho mejor informadas que yo, y sobre todo más dispuestas á mezclarse en esas cuestiones.

—Teneis razon, querido amigo, y comprendo vuestro escrúpulo. Dejemos, pues, á un lado al príncipe Jorge y á Mme. de Tell para ocuparnos de nuestros propios asuntos; lo importante, para mí, era conocer vuestra situación actual. Es excelente: ¡gaudeamus igitur!

En aquel momento sonaron en el extremo opuesto del jardín dos disparos de carabina.

(Se continuará).

LOS TRAMPEROS DEL ARKANSAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

Por M. GUSTAVE AIMARD.

TRADUCIDA

Por D. J. F. SAENZ DE URRACA.

(Continuacion.— Véase el núm. 41).

—¿Y el capitán Aguilar fué muerto? preguntó Corazon Leal,

—¡Ay! sí! contestó la jóven consagrando un suspiro de pesar á la memoria del pobre oficial.

—¿Y el general? repuso el cazador.

—¡Oh! en cuanto á ese, dijo la mestiza con viveza, se defendió como un león, y solo sucumbió despues de una resistencia heroica.

—¿Ha muerto? preguntó Corazon Leal con una emoción penosa.

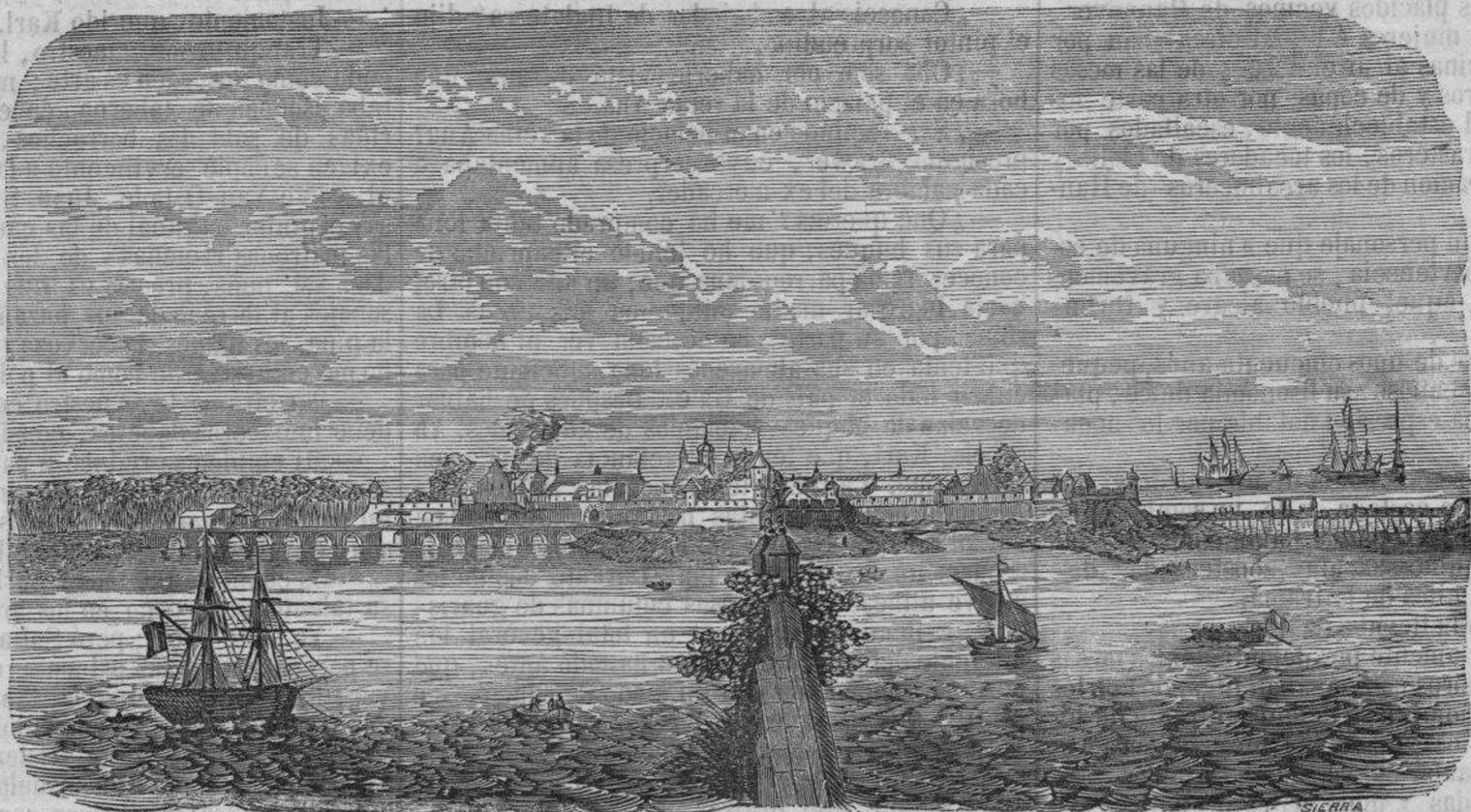
—¡Oh! no! dijo la jóven, solo está herido; he visto pasar á los bandidos que le conducían, y aun creo que sus heridas sean leves, pues durante el combate los ladrones cuidaban todo lo posible de no hacerle daño.

—Lo celebro en el alma, dijo el cazador, é inclinó la cabeza con aire meditabundo; luego al cabo de un instante, añadió vacilando y con un temblor leve en la voz: ¿y la señorita, qué ha sido de ella?

—¿Mi ama, doña Luz?

—Si, doña Luz, así creo que se llama; mucho daria por tener noticias y saber que se halla en sitio seguro.

—Lo está, puesto que se halla al lado de V.; dijo una voz dulce y armoniosa.



Castillo de Batavia.

Y apareció doña Luz, pálida todavía á consecuencia de las emociones terribles que habia sufrido, pero serena, con la sonrisa en los labios y la mirada brillante.

Los circunstantes no pudieron reprimir un movimiento de estupor, al ver la aparición imprevista de la jóven.

— ¡Oh! bendito sea Dios! exclamó el cazador, así no ha sido completamente inútil nuestro auxilio!

— No, contestó doña Luz con amabilidad, sino que ha sido muy provechoso.

En seguida añadió con tristeza reflejándose en sus facciones una expresión de profunda tristeza:

— Ahora que he perdido el que me servía de padre, caballero, vengo á pedir á V. su protección.

— La tiene V. desde luego, señora, dijo Corazon Leal con vehemencia. En cuanto á su tío, ¡oh! cuente V. conmigo que se le restituiré, aun cuando haya de perder mi vida en la empresa.

Ya sabe V., añadió, que no data solo de hoy el afecto que á VV. profeso.

Calmada la primera emoción, quisieron saber cómo habia logrado la jóven sustraerse á las pesquisas de los piratas.

Doña Luz hizo la narración muy sencilla de lo que habia ocurrido.

La jóven se echó vestida en su lecho; la inquietud la tenia despierta, y un presentimiento secreto la advertía que se mantuviese alerta.

Al oír el grito lanzado por los piratas, se levantó llena de espanto, y la primera ojeada le bastó para conocer que era imposible la fuga.

Dirigiendo una mirada de terror en torno suyo, vió algunas prendas de ropa echadas en confuso desorden en una hamaca, y que colgaban por sus orillas hacia fuera.

Entonces cruzó por su mente, cual un relámpago luminoso, una idea que le pareció inspirada por el cielo.

Se introdujo debajo de aquella ropa, y estrechándose y reduciendo su estatura todo lo posible, se escondió en el fondo de la hamaca sin alterar el desorden de la ropa que en ella habia.

Dios permitió que el jefe de los bandidos, al buscar por todos lados, no pensase en introducir su mano en aquella hamaca que parecia estar vacía.

Salvada por tan venturosa casualidad, permaneció oculta así durante una hora, sepultada en una ansiedad indescriptible.

La llegada de los cazadores y la voz de Corazon Leal, que conoció en seguida, le restituyeron la esperanza; salió de su escondite y aguardó

con impaciencia el momento oportuno para presentarse.

Los cazadores quedaron maravillados al oír aquella narración tan sencilla y tan interesante á la vez, y felicitaron cordialmente á la jóven por su valor y su presencia de ánimo, única cosa que habia podido salvarla.

Cuando se hubo restablecido algun tanto el orden en el campamento, Corazon Leal se trasladó al lado de doña Luz.

— Señora, le dijo, va á amanecer muy pronto; cuando haya V. descansado algunas horas, la conduciré al lado de mi madre, que es una mujer excelente; en cuanto conozca á V., no dudo que la querrá como á una hija, y despues, tan luego como esté V. en sitio seguro, me ocuparé en salvar á su tío.

Sin aguardar á que la jóven le diese las gracias, se inclinó respetuosamente delante de ella y salió de la tienda.

Cuando hubo desaparecido, doña Luz suspiró y se sentó muy pensativa.

VIII.

LA GRUTA DEL GARDENILLO.

Habian trascurrido dos dias desde los sucesos referidos en nuestro capítulo anterior.

Conducirémos al lector, entre tres y cuatro de la tarde, á la gruta descubierta por Buenhumor, y á la que Corazon Leal habia convertido en su habitación predilecta.

El interior de la gruta, iluminado por numerosas teas de esa madera que los Indios llaman leña-vela, y que ardian clavadas de trecho en trecho en la roca, ofrecia el aspecto de un alto de gitanos ó de un campamento de bandidos, segun se le hubiese antojado calificarla al forastero que hubiese sido admitido á visitarla.

Unos cuarenta tramperos y guerreros comandados se hallaban diseminados en diferentes puntos: unos dormían, otros fumaban, otros limpiaban sus armas ó componían su ropa; algunos, situados junto á unas grandes hogueras sobre las que estaban colgadas las calderas ó se asaban trozos enormes de carne de venado, preparaban la comida para sus compañeros.

En cada entrada de la gruta, los centinelas inmóviles, pero con el oído atento y el ojo en acecho, velaban silenciosos por la comun seguridad.

En un compartimento, separado naturalmente por un trozo de roca que formaba un saliente, estaban hablando en voz baja dos mujeres y un

hombre, sentados en sillas toscamente labradas á hachazos.

Las dos mujeres eran doña Luz y la madre de Corazon Leal; el hombre que las miraba fiamaba su pajilla y tomando parte de vez en cuando en la conversacion con una interjección arrancada unas veces por la sorpresa, otras por la admiración ó la alegría, era Eusebio, el anciano criollo español, de quien hemos hablado con frecuencia en el curso de este relato.

En la entrada de aquel compartimento, que formaba una especie de habitación separada dentro de la misma cueva, otro hombre se paseaba arriba y abajo, con las manos cruzadas á la espalda y silbando entre dientes una tocata que probablemente iba improvisando en aquel momento.

Aquel hombre era el Alce Negro.

Corazon Leal, Cabeza de Aguila y Buenhumor se hallaban ausentes.

La conversacion de las dos mujeres parecia ser muy interesante; la madre del cazador cambiaba miradas frecuentes y significativas con el antiguo criollo, que habia dejado apagar su cigarrillo y le fumaba así maquinalmente, sin reparar en ello.

— ¡Oh! dijo la señora anciana, juntando las manos con fervor y alzando los ojos al cielo, todo esto se revela el dedo de Dios.

— Sí, contestó Eusebio con acento de convicción, ¡él es quien todo lo ha hecho!

— Y dígame V., hija mia, en dos meses que hace que se halla viajando, ¿nunca le ha de vislumbrar su tío, el general, ya sea por sus palabras ó por sus acciones, cual puede ser el objeto de esa expedición?

— ¡Nunca! contestó doña Luz.

— ¡Es singular! murmuró la anciana.

— En efecto, es muy extraño, repuso Eusebio que se obstinaba en sacar humo de su cigarrillo apagado.

— Pero, en fin, repuso la anciana, desde su llegada á las praderas ¿en qué invertía el tiempo su tío? Perdóneme V., hija mia, estas preguntas que deben sorprenderla, pero que en mi negra alguna son dictadas por la curiosidad. Mañana tarde me comprenderá V., y entonces conocerá que solo el vivo interés que V. me inspira me induce á interrogarla.

— No lo dudo, señora, contestó doña Luz con una sonrisa encantadora, por eso ninguna dificultad tendré en contestar á V. Desde nuestra llegada á las praderas se hallaba mi tío triste y preocupado, buscaba la compañía de esos hombres acostumbrados á la vida del desierto,



Labrador chino.

cuando encontraba á alguno, permanecía largas horas conversando con él é interrogándole.

—¿Y recuerda V., hija mia, qué objeto solian tener esas preguntas?

—¡Ah! señora, contestó la jóven ruborizándose levemente, confesaré á V. con harta veracidad que no prestaba gran atencion á aquellas conversaciones que, al menos en concepto mio, debian interesarme muy poco. Yo, pobre niña, cuya existencia ha trascurrido hasta ahora triste y monótona, y que solo he visto el mundo por entre las rejas de mi convento, admiraba la naturaleza grandiosa que como por encanto habia surgido ante mi vista; no me bastaban casi mis ojos para contemplar tantas maravillas, y adoraba al Criador, cuyo infinito poder se me revelaba de improviso.

—Es verdad, querida niña, perdóneme V. esas preguntas que le causan fatiga, y cuya trascendencia no puede comprender, dijo la escelente señora besándola en la frente; si lo desea V., hablemos de otra cosa.

—Como V. guste, señora, contestó la jóven besándola á su vez; me siento muy feliz hablando con V., y sea el que quiera el asunto que V. escoja, siempre será para mí de sumo interés.

—Pero estamos charlando, charlando, y no pensamos en mi pobre hijo, que se halla ausente desde esta mañana, y que, segun lo que me dijo, debería estar ya de vuelta.

—¡Ah! con tal que nada le haya sucedido! exclamó doña Luz asustada.

—¿Se interesa V. mucho por él? preguntó la anciana sonriendo.

—¡Ah! señora! contestó la jóven llena de emocion, mientras que su rostro se teñia de vivo rubor, ¿puede suceder de otro modo despues de los servicios que nos ha prestado, y de los que estoy segura que aun nos prestará?

—Mi hijo ha prometido á V. que libraré á su tío, esté V. persuadida de que cumplirá su promesa.

—¡Oh! no lo dudo, señora! ¡Qué carácter tan noble y tan hermoso! exclamó la jóven con exaltacion; ¡qué bien adecuado le está el nombre de Corazon Leal!

La anciana y Eusebio la miraron sonriendo; les halagaba en extremo el entusiasmo de la jóven.

Doña Luz reparó en la atencion con que la miraban, se detuvo confusa, é inclinó la cabeza ruborizándose mas aun.

—¡Oh! dijo la anciana tomándole una mano, puede V. continuar, hija mia, que me encanta oírta hablar así de mi hijo. Si, añadió con melancólico acento, y como hablando consigo misma,

sí, su carácter es noble y hermoso, y como á todas las naturalezas privilegiadas, le desconocen. Pero ¡paciencia! Dios le está sometiendo á una prueba, y llegará un dia en que se le haga justicia á la faz de todos.

—¿Es desgraciado, por ventura? se aventuró la jóven á decir con cierta timidez.

—No digo eso, hija mia, contestó la pobre madre con un suspiro ahogado; pero en este mundo, ¿quién puede alabarse de ser feliz? Cada cual tiene sus penas que sufrir; el Omnipotente mide su peso con arreglo á las fuerzas de cada hombre.

En aquel momento hubo cierto movimiento en la gruta, y entraron varios hombres.

—Aquí está el hijo de V., señora, dijo el Alce Negro.

—Gracias, amigo mio, contestó la anciana. —¡Oh! cuánto me alegro! dijo doña Luz levantándose gozosa.

Pero avergonzada de aquel movimiento inconsiderado, volvió á sentarse confusa y ruborizada.

En efecto, Corazon Leal era quien llegaba; pero no iba solo: le acompañaban Buenhumor, Cabeza de Aguila y varios cazadores.

Tan luego como el jóven entró en la gruta, se dirigió presuroso al sitio en que se hallaba su madre, la besó en la frente, y volviéndose hácia doña Luz, la saludó con cierto embarazo que no era natural en él, y que la anciana no dejó de observar.

La jóven correspondió á su saludo con no menos confusion.

—Vamos, dijo Corazon Leal con tono jovial, ¿se han fastidiado VV. mucho aguardándome, mis nobles prisioneras? Ha debido parecerles horriblemente largo el tiempo en esta gruta; perdóneme V., doña Luz, que la haya relegado á esta morada hedionda, á V. que ha nacido para vivir en espléndidos palacios. ¡Ay Dios! esta es mi habitacion mas suntuosa!

—Al lado de la madre del hombre que me ha salvado la vida, caballero, contestó la jóven con nobleza, me encuentro tan bien aposentada como una reina, sea el que quiera el sitio en que viva.

—Es V. demasiado bondadosa, señora, dijo el cazador balbuceando, y me deja V. confundido.

—Veamos, hijo mio, exclamó la anciana interrumpiéndole, con la intencion evidente de dar otro giro á la conversacion, que comenzaba á ser embarazosa para ambos jóvenes, ¿qué has hecho hoy? ¿Tienes buenas noticias que darnos? Doña

Luz está llena de inquietud por su tío, y arde en deseos de volver á verle.

—Comprendo la inquietud de esta señora, contestó el cazador, y espero calmarla muy pronto; no hemos hecho hoy gran cosa, nos ha sido imposible encontrar la pista de los bandidos. Es cosa de romperse la cabeza de coraje. Afortunadamente, al volver aquí, y á pocos pasos de la gruta, hemos encontrado al doctor, que, segun su laudable costumbre, buscaba yerbas en las hendiduras de las rocas, y nos ha dicho que ha visto rondar por las inmediaciones á un hombre de mala catadura; hemos comenzado á perseguirle en el acto, y en efecto, hemos tardado muy poco en descubrir á un individuo, de quien nos hemos apoderado y le traemos con nosotros.

—Ya ve V., caballero, dijo doña Luz con cierto airecillo travieso, que siempre sirve para algo el buscar yerbas. Segun todas las apariencias, mi querido médico ha prestado á V. un servicio importante.

—Sin querer, repuso Corazon Leal riendo. —No digo lo contrario, replicó la jóven chaceándose; pero no por eso es menos verdadero, y se lo debe V. á las yerbas.

—El consagrarse á buscar yerbas, ofrece sus ventajas, debo convenir en ello; pero cada cosa tiene su tiempo, y el doctor no siempre ha andado muy atinado en la eleccion.

No obstante la gravedad de los sucesos á que aludian estas palabras, los circunstantes no pudieron menos de sonreír á costa del malhadado médico.

—Vamos, vamos, dijo doña Luz, no quiero que ataquen á mi pobre doctor: bastante castigado está de su olvido por el profundo pesar que le mina incesantemente desde aquel dia nefasto.

—Tiene V. razon, señora, y no volveré á hablar de ello. Ahora ruego á V. me permita dejarla, pues mis compañeros se están muriendo de hambre y me aguardan para comer.

—Pero ¿y el hombre á quien han cogido VV.? preguntó Eusebio; ¿qué piensan hacer de él?

—Lo ignoro todavia; en cuanto acabemos de comer, me propongo interrogarle; probablemente sus respuestas dictarán mi conducta en ese asunto.

Retiráronse las calderas del fuego, cortaron en lonchas los pedazos de carne de venado, los tramperos y los Indios se sentaron fraternalmente al lado unos de otros, y comieron con buen apetito.

Solo las señoras fueron servidas aparte en su aposento provisional por Eusebio, quien desempeñaba las funciones de camarero con un cuidado

y una formalidad dignos de un sitio mas conveniente.

El hombre á quien habian apresado en las inmediaciones de la gruta, se hallaba colocado bajo la inmediata vigilancia de dos tramperos vigorosos, armados de piés á cabeza, que no separaban su vista de él ni un solo instante; pero aquel individuo parecia que no pensaba en manera alguna en escaparse; por el contrario, atacaba con ardor á los alimentos que habian tenido la atencion de colocar delante de él.

Tan luego como concluyó la comida, los jefes se retiraron á un lado, y hablaron entre sí en voz baja durante algunos minutos.

Luego, en virtud de una orden de Corazon Leal, condujeron al preso á su presencia y se dispusieron á proceder á su interrogatorio.

Aquel hombre, á quien apenas habian mirado hasta entonces, fué conocido inmediatamente, tan luego como se halló delante de los jefes, quienes no pudieron contener un movimiento de sorpresa.

— ¡El capitán Ouaktehno! murmuró Corazon Leal lleno de estupor.

— El mismo, señores, contestó el pirata con irónica altanería. ¿Qué teneis que preguntarme? Héme aquí dispuesto á contestar.

(Se continuará).

VIAJE AL INTERIOR DE LA CHINA

Y Á LA TARTARIA,

POR LORD MACARTNEY,

Traducido del inglés, con notas,

Por J. CASTERA.

(Continuacion.— Véase el n.º 10).

La segunda fiesta, mucho mas brillante que la primera, tuvo lugar el 19 de octubre: esta era la fiesta del emperador, la que se celebró en la capilla de la corte con una gran misa: aquella capilla se hallaba cerca del palacio imperial, con la cual comunicaba por una galería cubierta. Asistieron á la solemne misa, además de los miembros de la familia imperial, el estado mayor y los altos funcionarios, pero de gran uniforme, y sin aquellos mantos de seda tan desgraciados. Los lanceros de la guardia formaban la calle.

No se puede dar una idea de la profusion y riqueza de los bordados de oro, de las charreteras, condecoraciones rodeadas de pedrería, etc., y apenas puedo creer que se vea nada parecido en ninguna corte de Europa.

Durante la misa, los embajadores de las potencias extranjeras, así como los caballeros y damas de la corte, se reunieron en palacio, donde hubo al regresar el emperador un besamanos general.

Los embajadores, sin embargo, no tomaron parte, y se contentaron con hacer simples saludos.

Desde la plaza se podia muy fácilmente ver aquella *ejemplar* ceremonia, porque las ventanas estaban muy bajas y estaban abiertas del todo.

En las embarcaciones imperiales y en algunas otras, durante estas fiestas, se disparaban cañonazos continuamente.

El 2 de noviembre, día de Difuntos, vi aun fiestas de otra clase; estas eran todas religiosas: allí aquel día jóvenes y viejos van de una iglesia á otra á pedir para los muertos.

Una singular costumbre establecida en el Brasil es de que todos los difuntos no se les entierran en los cementerios, porque algunos mediante una retribucion particular lo son en la misma iglesia. Para este objeto se ha construido en cada iglesia dos bóvedas, cuyos lados contienen catacumbas de piedra. Se echa cal sobre el muerto depositado en estas catacumbas, y al fin de ocho ó diez meses, la carne queda consumida.

Entonces se retiran los huesos, se limpian y los hacen hervir, colocándolos despues en una urna, sobre la cual se pone el nombre del difun-

to, el día de su nacimiento, etc. Estas urnas están colocadas en los corredores, ó las llevan los parientes á sus casas.

El día de Difuntos, las tapias de las bóvedas están cubiertas de tapices negros con franjas de oro, y de otros ornamentos. Las urnas están colocadas sobre mesas muy altas, ricamente adornadas con flores y cintas, y alumbradas por candelabros y arañas cargadas con centenares de velas. Desde por la mañana muy temprano hasta el medio día, afluye la multitud: las mujeres y las hijas llegan á pedir por sus difuntos parientes, y los jóvenes son tambien curiosos, como entre nosotros en Europa, por ver rogar á las jóvenes.

Mujeres y niñas van allí este día vestidas de luto, y muchas veces llevan con disgusto de los jóvenes, un velo negro que les cubre la cabeza y el rostro. Desde luego no se puede ir á ninguna funcion de iglesia con sombrero.

La mas brillante de todas las funciones que yo vi allí, fué el *bautismo de la princesa imperial*: aquella ceremonia se verificó el 15 de noviembre en la capilla de la corte, que por esta circunstancia se habia reunido al palacio por una galería descubierta.

Serian las tres de la tarde, cuando vino á formar en la plaza de palacio bastante tropa.

Se repartieron centinelas por las galerías y la iglesia. La música tocó bellas melodias entre las cuales se oía el himno nacional compuesto, se dice, para el último emperador Pedro II. Las tripulaciones vinieron unas tras otras á ocupar su puesto delante del palacio donde se encontraban agrupados un sin número de caballeros y señoras ricamente vestidas.

A las cuatro comenzó la comitiva á salir de palacio: á la cabeza marchaba la música de la corte, vestida de terciopelos rojos: seguian tres heraldos á estilo antiguo español, con sombreros adornados de magníficas plumas y trajes de terciopelo negro; despues á alguna distancia iban los jueces, magistrados de todos los tribunales, chambelanes, médicos de la corte, senadores, diputados, generales, eclesiásticos, consejeros de Estado y secretarios. Al fin de este largo acompañamiento, se veía al mayordomo de la princesita, que la llevaba en sus brazos sobre un almohadon magnífico de terciopelo blanco con grandes bordados de oro. Acto continuo seguian el emperador y la nodriza, rodeados de los principales caballeros y damas de la corte. Cuando el emperador entró por el arco del triunfo de la galería, que estaba delante de pórtico de la iglesia, tomó él mismo en sus brazos á su hija y la presentó al pueblo: costumbre que me agradó muchísimo y que hallé muy oportuna.

La emperatriz (1) con sus damas ya se encontraba en la iglesia, pues habia pasado por las galerías interiores, y principió al punto la ceremonia.

El bautizo se anunció á toda la ciudad con cañonazos, con descargas por pelotones y cohetes (2). Al final de la ceremonia que duró mas de una hora, salió la comitiva con el mismo orden y se admitió al pueblo para que visitase la capilla; la curiosidad me hizo entrar tambien, y debo decir que quedé encantada de la magnificencia y del gusto con que estaba adornada. Colgaban de las paredes ricas telas de seda y de terciopelos con grandes franjas de oro, y el suelo se encontraba cubierto de muy buenos tapices.

En el centro de la nave, sobre grandes mesas se hallaban expuestas las principales piezas del tesoro de la iglesia: habia vinajeras de oro y plata, inmensas bandejas, patenas, copones adornados de ricas cinceladuras en relieves é incrustados. Soberbios vasos de cristal contenian las flores mas bellas, y macizos candelabros sostenian una inmensidad de bujias. Sobre una mesa aparte, cerca del altar mayor, se veian los magníficos vasos y demás objetos que habian servido para el bautismo; y en una capilla, al lado, estaba la

(1) La princesita tenia ya tres meses.

(2) En todas las fiestas religiosas, se disparaban cohetes, y hay pequeños fuegos artificiales, ya delante de la iglesia, ó á poca distancia, y lo que hay de mas cómico es que esto se haga de día.

cuna de la princesa cubierta de raso blanco guarnecida con franjas de oro.

Por la noche se ilumina la ciudad, ó por mejor decir, los edificios públicos. Efectivamente, no se invitó á los particulares á que iluminasen sus casas, y aquellos que lo hicieron, se contentaron con colocar algunas linternas en las ventanas que daban á la calle. Esto se explica fácilmente cuando se pensara que la iluminacion habia de durar seis ú ocho días. En desquite de esto, los edificios públicos estaban guarnecidos de arriba á bajo de lámparas que formaban un verdadero mar de fuego.

Encontré, únicas en su género y verdaderamente maravillosas, las funciones que se dieron muchas noches seguidas con motivo del bautismo en los distintos cuarteles: el emperador estuvo en ellas algun rato. De todas las funciones que vi en Rio, estas fueron las únicas que no estuvieron acompañadas de ceremonias religiosas: sus actores eran los soldados mismos, entre los cuales se habian escogido las mejores figuras, los mas diestros y mas ejercitados en el baile y en las evoluciones. La mas espléndida de estas fiestas se verificó en el cuartel *Rua Barbone*. En el patio grande se habia construido una galería semicircular dispuesta con mucho gusto, en medio de la cual se levantaba un pequeño templete con los bustos del emperador y la emperatriz. La galería se hallaba destinada para las damas elegantes de la alta sociedad que llegaban vestidas como para el baile mas brillante: á la entrada del patio eran recibidas y colocadas en sus sitios por los oficiales. Delante de la galería se extendia la escena, á cuyos lados se veian colocadas muchas filas de bancos para las señoras de menos categoría, y detrás de estos estaban los caballeros.

A las ocho empezó á oirse la música y poco despues se dió la señal para la representacion. Los soldados aparecieron con distintos trajes: unos escoceses, otros polacos, españoles, etc., no faltaban sino las bailarinas, naturalmente tambien soldados disfrazados. Lo que mas me asombró fué que el traje y las maneras de aquellas pretendidas bailarinas se hallaban con la mayor decencia: yo iba preparada, al menos, para alguna escentricidad, y no me esperaba un espectáculo tan agradable: quedé verdaderamente sorprendida de la correccion del baile y de las evoluciones, así como del conjunto perfecto con que estuvo toda la representacion.

La última funcion á la que asistí, fué el 2 de diciembre, aniversario del nacimiento del emperador. Despues de la misa mayor, los dignatarios vinieron de nuevo á hacer la corte y tuvieron un besamanos general. Despues el emperador y la emperatriz se asomaron á una ventana del palacio, y la tropa desfiló por delante de ellos con la música á la cabeza. Era imposible encontrar entonces tropas mas ricamente vestidas: el simple soldado podria pasar fácilmente por un oficial. Solo se notaba la falta de las maneras, y que la estatura y el color no estuviera muy en relacion con la magnificencia del traje: se veía un pequeño recluta de 14 años al lado de un hombre alto, y un negro al lado de un blanco.

Los cuadros del ejército se llenaban con alistamiento forzoso, y la duracion del servicio es de cuatro á seis años.

Yo habia oido hablar mucho en Europa y leído descripciones de lo bello y rico de la naturaleza en el Brasil, de su cielo puro y radiante, de los maravillosos encantos de su continua primavera.

Es verdad que la vegetacion es quizas mas rica y abundante aquí que en ningun otro país del mundo, y que cuando se quiere ver á la naturaleza en toda su fecundidad y en una actividad constante, es preciso ir al Brasil. Sin embargo, guárdese en creer que todo allí es hermoso, y que nada hay que pueda destruir las primeras impresiones.

Se vé desde luego con gusto aquel verdor continuo, adorno constante de la primavera; pero se acaba por convenir que con el tiempo todo esto pierde su encanto. Se desearia un poco de invierno; el despertador de la naturaleza, la nueva florescencia de las plantas, la vuelta de los perfumes, bálsamo de la naturaleza, dan tanto mas

placer cuanto se ve uno privado de ellos por algunos meses.

Yo encontré el aire y clima sumamente molesto y desagradables, y el calor riguroso, aunque en esta época del año no pasa de 24 grados á la sombra. En los grandes calores, desde el fin de diciembre al mes de mayo, el termómetro señalaba á la sombra mas de treinta grados y al sol 40. En Egipto soporté mas facilmente un calor mayor; lo que quizás es preciso atribuir á que el clima de Egipto es seco, mientras que reina en el Brasil una gran humedad. Las nubes y nieblas se hallan á la orden del día; las montañas, las alturas y algunas veces barrios enteros, yacen en una profunda oscuridad, y la atmósfera está sumamente cargada de húmedas nieblas.

En el mes de noviembre experimenté un mal estar continuo; me sentia, sobre todo en la ciudad, oprimida, fatigada y delgada, y yo no debí mi curacion sino á la bondad y amistad de Mr. Geiger, secretario del consulado de Austria, y á su señora que me llevaron con ellos al campo y me cuidaron mucho. Yo no atribuí mi enfermedad sino á aquella humedad del aire, á la cual no estaba acostumbrada.

La estacion mas agradable del año es el invierno: dura desde el mes de junio al mes de octubre, y con una temperatura de 14 á 18 grados; casi siempre está seco y sereno. Esta es la época mas frecuente que se escoge para viajar.

En el estío, hay tambien con frecuencia, segun dicen, grandes tempestades: mientras mi permanencia en el Brasil, no conté mas que tres bastante considerables, durando cada una de ellas una hora y media. Los relámpagos se sucedian sin interrupcion, y formaban en casi toda la línea del horizonte un mar de fuego; en desquite el trueno no era muy fuerte.

Aquí no hay mas que largas noches y numerosos crepúsculos: en el momento de ponerse el sol, todo el mundo se apresura á recoger, porque las tinieblas y la humedad sobrevienen muy pronto.

El sol, en la fuerza del estío, se pone á las seis y tres cuartos, el resto del año á las seis; y la noche veinte ó treinta minutos despues.

Otra de las cosas desagradables son los mosquitos, las hormigas, las correderas y las garrapatas, etc. Yo pasé muchas noches sentada en mi cama atormentada por las picaduras de los insectos: apenas pueden ponerse las provisiones al abrigo de las ratas y hormigas. Estas últimas se presentan muchas veces en numerosas cuadrillas, y pasan sobre todo lo que encuentran. Mientras estuve en el campo en casa de Mr. Geiger, vino un día un bando de hormigas de esta clase que atravesó una parte de la casa. Era verdaderamente interesante el ver cómo seguian una línea regular sin detenerse en ningun objeto. Mme. Geiger me contó que una noche se vió acometida de una horrible picazon, y al punto se echó fuera de su cama, que atravesaba una bandada de hormigas. Para esto no hay remedio sino esperar con paciencia á que haya desfilado todo el cortejo, que dura por lo regular de cuatro á cinco horas. Las provisiones se libran de ellas de distintos modos; se pone bajo los piés de las mesas y armarios, pequeños sombrerillos llenos de agua. Los vestidos y ropa blanca se cierran herméticamente en cajas de hoja de lata para sustraerlos, no solo de las hormigas, sino tambien de las ratas y humedad.

Lo que sobre todo atormenta mas son las garrapatas que se agarran á los dedos de los piés. Desde que se siente picazon, es necesario mirarse al punto; y si se percibe un pequeño punto negro rodeado de un círculo blanco, el primero es el insecto, y el segundo su saco con los huevos que ha introducido en las carnes. Entonces se levanta la piel con una aguja, hasta que se vea el círculo blanco, despues se levanta todo el, y se pone en la herida un poco de tabaco. Pero lo mas seguro es recurrir á un negro, porque hacen esta operacion con estremada habilidad.

Por último, al considerar las producciones del Brasil, le faltan muchos artículos importantes. Hay mucha azúcar y café; pero no hay trigo, ni

patatas, ni ninguno de nuestros excelentes frutos. La *yuca*, que se muele en los morteros, es lo que sustituye al pan; pero no es tan sustancial ni de tanta nutricion. Diversas plantas con tubérculos, bastante dulces al paladar, no son comparables á nuestras patatas, y entre los frutos, no hay buenos sino las naranjas, los plátanos y los *ichneumon*. Las *ananas* ó piñas de Indias, tan alabadas, no tienen ni aroma ni gran gusto; las he comido mucho mas sabrosas de las que llegan cerradas á Europa. Los demás frutos no merecen que se haga mencion de ellos. Por último, dos alimentos necesarios, como son la leche y la carne, dejan mucho que desear: la primera es muy clara, la segunda muy seca.

En suma, sea que se mire en conjunto, ó sea que se entre en detalles y se compare las ventajas y los inconvenientes, la balanza se torcerá desde luego hacia el Brasil; pero bien pronto vendrá sin remedio á inclinarse hacia Europa. Para el viajero, el Brasil es quizás el país mas interesante del mundo. Pero como estancia ordinaria, yo no vacilo en decir que escogeria seguramente Europa.

Los usos y costumbres del Brasil no son bastante familiares para permitirme hacer un juicio exacto, y estoy obligada á limitarme á solo algunas reseñas. En suma, parecen distinguirse poco de las europeas, porque los poseedores actuales del país vienen de Portugal, y se les podría nombrar con razon, los Brasileños europeos trasportados á América. Que en este trasporte es muy natural se hayan perdido algunas costumbres y hayan nacido otras nuevas. La distinta clase de los europeos que llegan á ser americanos, es una sed de oro que toca en frenesi, y que del europeo pusilánime hace muchas veces un héroe: porque se necesita heroísmo para permanecer solo en una poblacion en medio de muchos centenares de esclavos, lejos de todo auxilio y con la perspectiva de perderse sin recurso en la primera revuelta.

(Se continuará).

SECCION RELIGIOSA.

EL CARNAVAL.—LA CUARESMA.

EFEMÉRIDES RELIGIOSAS.

Hay una época en el año en que en casi todos los pueblos sus habitantes parecen haberse dado cita para entregarse á una loca y ruidosa alegría, que degenera frecuentemente en culpable licencia, en groseros desórdenes: esta época es el Carnaval; tiempo de placeres, de orgías, arrebatado á las pacíficas distracciones y á los honrados deleites del hogar doméstico, y que espirando despues de un espacio mas ó menos largo de locura, que nada tiene de comun con la verdadera alegría, muere de repente cansado y vencido por sus propios excesos.

Muchas han sido las definiciones que los sabios han tratado de dar al nombre del Carnaval: sin detenernos en el valor mas ó menos real de todos los orígenes que pretenden fijarle, nos limitaremos á uno que nos parece el mas admirable: queremos decir, aquel que el antiguo idioma de la Península itálica le hacia derivar de la palabra *CARNIVALE*, que significa literalmente *adios carnes*: porque los que toman parte en los festines y en los regocijos del Carnaval, parece, en cierto modo, que se despiden de las buenas comidas que va á prohibirles la Cuaresma. Además esta es la etimología mas generalmente recibida. — Con ella se conforma tambien el llamarse al Carnaval *CARNESTOLENDAS*, de *tollere carnes*.

El origen del Carnaval se pierde en la mas remota antigüedad, hasta tal punto que los paganos que se disfrazaban todavia en el siglo vi de nuestra era, como se hace hoy en todas partes, ignoraban de donde les venia esta estraña y singular costumbre. No trataremos aquí de referir la opinion de todos los autores que han escrito sobre el Carnaval, y que le dan tan diverso origen. Saint Foix supone que el Carnaval es de origen Druidico, y una lejana reminiscencia de las

fiestas de Mithra, con que los antiguos pueblos celebraban los misterios astronómicos bajo disfraces de leones, de carneros, de osos y de perros, simbolo de las constelaciones. Una opinion muy acreditada es que esa diversion profana, y los desórdenes de que frecuentemente iba acompañada, eran una imitacion de las antiguas saturnales romanas con las que tiene mucha analogía.

Esta opinion vulgar no ha sido adoptada por los escritores versados en la historia doméstica de los romanos. Entre gentes sin examen alguno se supone el Carnaval una continuacion de las saturnales de los antiguos; pero habia un pensamiento profundo, una tradicion respetable en el fondo de las fiestas romanas destinadas á perpetuar el recuerdo de la edad de oro. Las saturnales duraban siete dias: durante este intervalo estaba prohibido ocuparse en los negocios: todos debian pensar en divertirse, y la mas perfecta igualdad reinaba en todas las clases de la sociedad. La vispera de estas antiguas fiestas se ofrecian suntuosos sacrificios á Jupiter, distribuidor de las riquezas, á Mercurio el liberal, á Apolo el magnífico; despues á la caída del día, esclavos de confianza iban á distribuir de parte de sus amos los regalos de costumbre. Estaban obligados los ricos, bajo pena de incurrir en la indignacion de los Dioses, á pagar las deudas de sus clientes pobres, ó de sus amigos insolventes: los pobres, á su vez, enviaban presentes á los ricos empero de bagatelas de poco valor, como coronas de hojas de laurel y encina, granos de incienso. Los amos servian á sus esclavos durante los festines, y les era permitido tener las mas graciosas ocurrencias, porque no herian las costumbres ni las personas.

Tales eran las saturnales en los hermosos tiempos de la república, cuando el gran Escipion regia con su propia mano el arado en los campos de Literna. Mas tarde, cuando la corrupcion invadió las masas, aquellas fiestas se convirtieron en orgias como todas las demás; empero el principio permanecia siempre, y este principio se hallaba fundado sobre una idea eminentemente moral. No sucede así en las locas mascaradas de hoy. Son una estravagancia y nada mas. No hay una idea, no dirémos cristiana, pero ni aun laudable y útil, que se una á ella.

Durante la edad media, diversas funciones que se han ensayado restablecer, despues de algunos años, en las ciudades donde se hallaban en uso, prueban que la costumbre de enmascararse y disfrazarse, no solamente no se perdió durante los siglos de la fé, sino que fué el adorno obligado de todas las fiestas populares, que tomaron con su tiempo un carácter especial. Bastará recordar las fiestas de las rocas y gigantones en Valencia, la de la Tarasca en Toledo, en Sevilla y otras ciudades, la de los Inocentes, Reyes magos y suplicio de Judas, etc. La costumbre de cubrirse el rostro con una máscara viene de los tiempos mas remotos: en los antiguos era una especie de casco que cubria absolutamente la cabeza, y además de las facciones del rostro representaba tambien la barba, los cabellos y las orejas; los Asirios no salian jamás sin una máscara: mas tarde la máscara fué el adorno de todos los actores griegos ó romanos.

Hacia el fin del siglo xvi, para garantir la frescura de su cutis, las señoras se cubrian el rostro con una máscara, que era ordinariamente de terciopelo negro y de la forma de esas caretas que se usan hoy con los dominós; empero no tardaron en comprender que, ocultando sus facciones á las miradas de los curiosos, el espíritu de coqueteria que les habia llevado á adoptar ese traje, habia falseado completamente el objeto.

En nuestros dias la máscara, que no sirve para presentarse en las calles, en atencion á que está prohibido por las disposiciones del gobierno, reina con algun prestigio en los grandes bailes, en los teatros, en donde facilita el incógnito las intrigas.

El Carnaval ha sufrido siempre la transformacion de las épocas porque ha atravesado: licencioso en los siglos de la corrupcion, pomposo y nacional en las épocas de gloria y de triunfo; hoy es frio, egoista, sin carácter.

De todas las ciudades del mundo, Venecia es la que despues de haberse adquirido una gran reputacion por su antiguo esplendor, supo tambien hacerse célebre por lo alegre y festivo de su Carnaval. Corrian allí de todas las partes de Europa para asistir al triunfo y al reinado de la locura. Hoy la antigua ciudad de los Duxs no tiene nada de su esplendor antiguo: las revoluciones han pasado tambien por ella. Hoy en lugar de las alegres canciones que resonaban en las noches de Carnaval en las gondolas, al deslizarse por las aguas tranquilas de su laguna, solo se oye el monótono *ultra* del centinela austriaco, que vela constantemente para reprimir todo deseo de recobrar su perdida independencia.

Hoy el Carnaval que ofrece mas alegría y es el mas célebre del mundo, es el de Roma, con sus célebres carreras de caballos en el *Corso*. El Carnaval de Madrid es moderno: suprimidas estas funciones durante el gobierno de la monarquía pura, cuentan pocos años de existencia las máscaras públicas. Alegres comparsas y músicas han recorrido sus calles, afluyendo al magnífico paseo del Prado y con toda la alegría y la viveza propia de los climas meridionales, y con un tiempo hermoso de brillante primavera han presentado un golpe de vista encantador, y como la afición cada año va en aumento todo hace augurar que dentro de poco años competirá el Carnaval de Madrid con los mas elegantes de la Italia.

Cuando aun los deliciosos sonos de la música y la alegre algazara resonaba en los teatros y en los bailes; cuando el mundo todo se entregaba a una alegría profana en las diversiones del Carnaval, ya la Iglesia dejaba oír sus gemidos. Cuando aun en la madrugada del miércoles las gentes coronaban sus cabezas de hermosas flores, y tomaban en su mano la copa del placer, la Iglesia venia á deshojar sobre sus cabezas esas efímeras coronas; á romper esas copas encantadoras, y sembrando sobre la frente de cada uno de ellos la ceniza de los muertos, les ha recordado la sentencia terrible, inevitable, que Dios lanzó contra el primer hombre: *¡Acuérdate que eres polvo, y que en polvo te convertirás!* Desde entonces los ecos del dolor han resonado en las bóvedas de los templos; desde entonces ha comenzado el tiempo de la penitencia. *¡La Cuaresma!*

La cuaresma (*Quadragesima*) es un ayuno de cuarenta dias que los católicos observan para santificar el año y prepararse santamente á la celebracion de la Pascua.

La Cuaresma es de institucion apostólica, y al establecerla los apóstoles, no hicieron mas que conformarse con las mas antiguas tradiciones del pueblo de Dios. Moisés, elegido por el Eterno para ser el legislador de los Judios, ayuna cuarenta dias á fin de prepararse á recibir las órdenes de Dios en el monte Sinai, y la misma abstinencia observa antes de recibir las segundas Tablas de la Ley. Elías ayuna cuarenta dias antes de que Dios se le aparezca en el monte Oreb. David observa un riguroso ayuno durante su penitencia; Ester se prepara con el ayuno á aplacar la cólera de Asuero; los Ninivitas ayunan cuarenta dias seguidos despues de la prediccion de Jonás; San Juan Bautista se dispone por medio del ayuno á recibir á Jesucristo, y el Salvador del mundo mismo ayuna cuarenta dias en el desierto antes de comenzar su divina mision. Todos estos ejemplos demuestran que el origen de la Cuaresma asciende á las fuentes mismas de la religion.

Desde los primeros tiempos de la Iglesia se fijó la duracion de la Cuaresma para toda la Iglesia. El Concilio general de Nicea designó á la Cuaresma por ayuno de cuarenta dias, y habla de ella como de una práctica adoptada en todos los sitios donde se ha recibido la fé cristiana. Mucho antes de aquella época, en el año 250, Origenes llama á la Cuaresma espacio de cuarenta dias consagrados al ayuno: exceptuábanse de él, no obstante, los domingos; y solo desde los tiempos de Gregorio el Grande, se añadieron cuatro dias á la Cuaresma, á fin de que constase de cuarenta dias completos. Desde entonces la Cuaresma empezó, no en el domingo de *Quadragesima*,

sino el miércoles precedente, que se llama Miércoles de Ceniza. Desde el tiempo de los apóstoles, para imitar los cristianos tanto como les fuera posible la larga mortificacion de Jesucristo en el desierto, se limitaron á no hacer mas que una frugal comida despues de puesto el sol. Mientras este astro brillaba sobre el horizonte, no tomaban ni alimento ni bebida; se privaban al mismo tiempo de la carne, de la manteca, los huevos, toda especie de lacticinios y el vino. Aun el pescado estaba prohibido. Posteriormente se varió con respecto al vino, que fué permitido, así como el pescado. Algunos obispos, en el siglo viii, recomendaban todavia á sus fieles la abstinencia de estos últimos. En el siglo x, se obtenia dispensa respecto á la manteca mediante una ligera retribucion. Estas módicas sumas reunidas, servian para levantar majestuosas basílicas, y para construir, sobre todo, esas imponentes torres que adornan las fachadas de algunas de nuestras catedrales, lo cual ha dado origen á que el pueblo las llamase torres de manteca. En esto empleaban los obispos las sumas producidas por las dispensas de algunos puntos de la disciplina cuadragesimal.

El pescado ha sido casi siempre permitido en España. La hora de la comida única sufrió á su vez una grave modificacion: se trasladó de la noche al mediodia; luego se permitió, al ponerse el sol, una ligera cena, llamada *colacion*: habiéndose cambiado en estos últimos tiempos las horas de comer, ha resultado que aun por las personas que observan el ayuno, se hace la colacion hacia el mediodia, y la comida por la noche. La misma abstinencia ha sufrido tambien alguna tolerancia. En España es permitido el uso de carne en toda la cuaresma, excepto los viernes y los dias de Semana Santa, por la gracia especial de la bula de la Santa Cruzada, gracia especial concedida por los papas á los dominios españoles; pero se impone en compensacion una limosna proporcionada á las facultades de los que usan de la dispensa. El Espiritu Santo nos ha dicho: *Redimid vuestros peccados por la limosna.*

Muy generalmente se cree que la abstinencia y el ayuno son instituciones perjudiciales á la salud. Es todo lo contrario. Obsérvese que la primavera es la estacion mas favorable para reparar los desórdenes de la salud. Los humores están entonces en movimiento: todo lo que vejeta esperimenta una especie de fermentacion; las yerbas frescas dan jugos mas saludables que en cualquiera otra época. Debe de creerse que el cuidado de nuestra salud corporal influyó, como motivo secundario, en la institucion de la Cuaresma, y esto es lo que la Iglesia nos da á entender en la oracion en que pide á Dios la gracia de observar devotamente la Cuaresma establecida *para el bien de nuestras almas y de nuestros cuerpos.*

Los mismos paganos tenian sus épocas de ayuno. Los sacerdotes del Egipto, los magos de Persia, los misterios de Júpiter en Creta, los de Eleusis ó de Ceres, los Gymnosofistas de la India, y en nuestros dias los *brachmas*, han practicado una abstinencia perpétua de todo alimento que hubiese tenido vida: los mahometanos tienen tambien su cuaresma. ¿No se diria que la abstinencia es un dogma universal, que forma parte de la religion natural, cuyos gérmenes ha depositado Dios en todos los corazones? ¿No es esto un recuerdo del pecado original y de la necesidad innata de la espiacion? La Iglesia, pues, imponiendo la penitencia durante la cuaresma, no ha hecho una ley homicida, como algunos han tenido la locura de llamar alguna vez al ayuno, porque no se ha querido tener en cuenta la sabiduria de sus preceptos.

La severidad del ayuno cuadragesimal, se ha mantenido en su primitiva institucion entre los Griegos. No comen mas que una vez al dia, á última hora, por la noche. No quieren admitir la legitimidad de ninguna dispensa, aun la de enfermedad con peligro de muerte. Tienen además de nuestra cuaresma, el ayuno solemne de Adviento desde el 13 de noviembre á Navidad; y el llamado de los Santos Apóstoles, que empieza la semana despues de Pentecostés, y concluye en la fiesta de San Pedro, y el de la Asuncion, que

comienza el 1.º de agosto y termina el 15. Entre los Rusos, que siguen el rito cismático griego, la abstinencia se multiplica hasta tal punto, que no hay en el año mas que ciento treinta dias de carne. Dirémos, por lo que concierne á la Iglesia griega con respecto á su inflexible y dura disciplina, que hace muchos siglos está separada del catolicismo, y que no ha querido por espíritu de secta, admitir ninguna de las modificaciones que la autoridad legitima ha tenido á bien consagrar por una misericordiosa indulgencia hacia sus sumisos hijos.

Efemerides.—3 de marzo 1678.—Muerte de Clemente VIII. Reinó 13 años. Los actos mas notables de su pontificado son la absolucion del rey de Francia, Enrique IV, y el triunfo que habia preparado al célebre poeta Torcuato Tasso.

4 de marzo 1193.—Muerte del sultan Saladin, tan célebre en las guerras de las Cruzadas.

5 de marzo.—Los Judios celebran la fiesta de Ester, establecida por Mardoqueo. En este dia se lee en todas las sinagogas la historia de la libertadora del pueblo de Dios: y todas las veces que el lector pronuncia el nombre de Aman, los asistentes dan una palmada en los bancos en que están sentados.

7 de marzo de 966.—Wenceslao, rey de Polonia, abrazó la religion cristiana y recibió el bautismo. En seguida hizo publicar un edicto, por el que manda destruir todos los ídolos, y funda los obispos de Cracovia y de Gnesne.

7 de marzo 1274.—Muerte de Santo Tomás de Aquino, llamado por su inmenso saber el Angel de las Escuelas; es uno de los mas grandes doctores de la Iglesia.

12 de marzo de 604.—Muerte de San Gregorio el Grande.

EL CONDE DE FABRAQUER.

ARTE DE DOMAR LOS CABALLOS

POR J. S. RAREY,

EL DOMADOR

PRECEDIDO DE UNA INTRODUCCION

Por F. de Guaita.

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR F. P.

(Continuacion.—Véase el n.º 41).

Pero ni *Francher* ni ningun otro podrán enseñar á un caballo solo por medio de sus polvos sus esencias.

¿Cuánto tiempo creéis que seria necesario tener á un caballo con un frasco de esencia arrojado á la nariz, antes de hacerle arrodillar, bien antes de poderlo enviar á que buscara el sombrero y hacer que se acostara en el suelo? ¿No es verdaderamente absurdo el creer que por medio de drogas ó medicinas puede enseñarse á un caballo á hacer lo que se le manda.

En el arte de domar los caballos no hay mas que una ciencia y es la que nos enseña á obrar sobre la inteligencia del bruto, á fin de instruirle y hacerle comprender lo que queremos.

SISTEMA DE POWELL, PARA APROXIMARSE Á UN CABALLO.

Antes de ir mas lejos es menester que yo os haga conocer el método que empleaba Powell para aproximarse á un caballo bravo, el cual he copiado del libro que publicó en 1814, con el título de: *Arte de domar los caballos salvajes*. Con mi sistema, dice, se necesitan generalmente desde dos hasta diez y seis horas para domesticar á un caballo. «En cuanto á mí, no empleo regularmente mas que cuatro ó seis horas.»

Hé aqui los consejos que dá: «Haced llevar vuestro caballo á una cuadra ó un cuarto cualquiera, ó á un patio pequeño.

»En los dos primeros casos, es necesario que la cuadra ó el cuarto sea bastante espacioso para poderle hacer pasear un poco á lo largo antes de sacarlo.

»Si el discípulo es uno de esos caballos que tienen miedo al hombre, os introduciréis muy despacio en la cuadra, en el cuarto, ó donde lo hayais hecho conducir. En viéndoos huirá y volverá la cabeza, pero continuad andando lentamente á su alrededor, á fin de que os pueda ver y examinaros; lo que no tardará en hacer al cabo de un cuarto de hora á lo sumo.

»En cuanto á mí, declaro que no he visto un caballo que haya estado tanto tiempo sin volverse á mirarme.

»Al tiempo de volver la cabeza, tendedle vuestra mano y quedad inmóvil y con los ojos fijos en él, siguiéndole todos sus movimientos y sus miradas, y despues de diez ó quince minutos, si no se mueve, avanzad todo lo mas despacio que podais sin hacer el menor ruido, y continuad con la mano estendida hácia adelante cuidando de no amenazarle.»

Y mas adelante dice:

»Para operar delante de los espectadores, me ha sido preciso el emplear olores; tales como el sudor de los sobacos, etc., á fin de ocultar un secreto por este medio, y la mayor parte de ellos atribuian la rapidez del éxito al empleo de dichos olores; pero por lo que llevo dicho conoceréis que no tienen ningun poder, pues no me valia de ellos mas que con el fin de impedir que los espectadores descubriesen mi secreto.

»Al primer movimiento que haga el caballo cuando os vea, avanzad hácia él y quedaos inmóvil hasta que se desengañe y tranquilice. Quedaos algunos momentos sin moveros, y despues avanzad lentamente y de un modo casi imperceptible, teniendo cuidado de pararos sin cambiar vuestra posición, á cada movimiento que haga el caballo.

»Será raro que el caballo se mueva mas de una vez despues de haber empezado á andar hácia él; mas, sin embargo, hay excepciones. Generalmente fijará sus ojos en vuestra persona, y entonces lo dejaréis aproximar hasta que podais alcanzar su frente.

»Despues, levantad la mano lenta y gradualmente y tocadle en lo alto de la cabeza. Si el caballo recula (lo que sucede siempre), pasadle la mano con frecuencia sobre su frente, aproximándosela hácia las orejas. Apoyad entonces un poco mas la mano sobre la frente y bajadla ligeramente cerca de las quijadas, y pronto podéis jugar con él sin gran dificultad. Entonces continuad vuestras caricias, pasándole la mano por la frente, que es la parte mas importante y que puede considerarse como el timón de lo demás.

»Cuando se haya acostumbrado á dejarse pasar la mano por las orejas y la cabeza, avanzad un poco hacia el pescuezo, tomando siempre las mismas precauciones; y al mismo tiempo iréis aumentando la fuerza de vuestra mano mientras el caballo os lo permita.

»Continuad de la misma manera en los dos lados del pescuezo hasta que podais rodearle con vuestros brazos sin que el discípulo se asuste.

»Seguid progresivamente desde los ijares hasta el espinazo, y tocadle en la frente siempre que veais que se asusta; acariciadle los ijares y luego volved vivamente al sitio en donde estabais, procurando ganar terreno.

»Cuando se llega á la cola, es necesario irse con mucho tiento, porque no se puede contar con un caballo que no sea cosquilloso en dicha parte: acariciadle el nacimiento de la cola por espacio de uno ó dos minutos; luego, levantádsela un poco y repetid esta operación cada quince segundos; despues aumentad la fuerza de vuestros pases y suspendedle la cola cada vez mas, hasta que podais menearse de un lado á otro con facilidad. Ordinariamente obtendreis este resultado al cabo de un cuarto de hora; mas con unos lograréis este resultado casi instantáneamente, y otros, por el contrario, resistirán mas tiempo.

»Faltan, pues, las piernas, para lo que es necesario dejar los cuartos traseros, y empezad de nuevo por la cabeza sin dejar de acariciarle pasando la mano por las orejas y el pescuezo, haciéndole de cuando en cuando, y bajad lentamente hacia sus manos, subiéndole y bajándole continuamente hasta llegar á los cascos.

»El lenguaje que empleeis importa poco, pues lo esencial, es que el caballo se acostumbre desde luego á vuestra voz. Al principiar dicha operación no es tan necesario; pero yo lo hago siempre que tengo que hacerle levantar las patas. Explicaos en el idioma que os convenga mejor: *Hold up your foot; —Leve le pied; —Alza la pata; —Aron ton Poda, etc.*; y al mismo tiempo levantadle las manos, que pronto conocerá vuestra voz y las levantará al oiros. Pasad luego á las patas y obrad del mismo modo que con las manos; y en muy poco tiempo, el caballo dejará que le levanteis las manos y las patas casi sin tocarle.

»En esto no hay ni magnetismo ni galvanismo; los pases no tienen mas objeto que el de asegurar al caballo del miedo que tiene al hombre, y el de familiarizarle con nosotros. Este método tiene la ventaja de agradaarle, y por lo tanto, no tarda en tomar cariño á su amo.»

OBSERVACIONES SOBRE EL SISTEMA DE POWELL.—MEDIO DE GOBERNAR LOS CABALLOS DE CUALQUIER CASTA QUE SEAN.

Estas instrucciones son excelentes; pero no suficientes para todos los caballos, como dice: pues ni enseña á ponerles el freno, ni á seguirnos del diestro. Yo, sin embargo, he creído útil el insertarlas aquí porque contienen el verdadero método de aproximarse al caballo y establecer la confianza entre el hombre y él. *Powell* no se ocupa mas que de los caballos tímidos.

Por lo tanto, los que comprenden la filosofía de la enseñanza saben que estos son los mas fáciles de domar. Un caballo vivo y fogoso se domará en poco tiempo, porque casi siempre comprenderá con presteza y obedecerá voluntariamente.

Pero en cuanto á los viciosos, aunque no sean indómitos, hablando con propiedad, y que no tengan necesidad de que los domestiquen, son tan estúpidos, y tal vez mas, que los que no han visto á persona alguna, y que necesitan entrar en el picadero.

Para obtener la obediencia, es menester hacerse temer. Nuestra divisa debe ser la siguiente: *Hacernos temer y amar, y el caballo nos obedecerá.* No podemos obtener una sumisión perfecta, sino despues de haber engendrado en él estos dos sentimientos, porque el miedo y el cariño producen la confianza; por cuyo medio gobernamos al caballo á nuestro antojo cualquiera que sea su naturaleza.

A fin de estar preparados para luchar con el caballo que deseais domar, prevenios antes de entrar en el picadero de un buen látigo (los látigos de cabriole y de ballena son los mas usuales); y ataréis un cordoncillo de seda en la punta á fin de que produzca un chasquido ruidoso, al par que un vivo dolor. Sirviéndoos en tiempo oportuno de él, y acompañado de algunas palabras pronunciadas en voz fuerte, podréis, si necesario fuere, imponer suficientemente al discípulo.

Entrad solo en la cuadra teniendo el látigo en la mano derecha y con la punta hácia atrás, teniendo en cuenta que es una gran desventaja el no estar solo en este caso, á fin de que no haya nada que llame la atención al animal excepto el domador. Si es tímido se retirará á un rincón de la cuadra; debiendo tener presente que entonces es menester tener mucha precaución. En cuanto á mí, no necesito mas de tres cuartos de hora, para manejar á mi voluntad un caballo cualquiera, y hacerle correr tras de mí por toda la cuadra. Siempre que no tengais mas que un caballo que domar, que no os falte el tiempo y que no esteis muy habituados á domar potros cerriles, os invito á que desde luego empleeis el método de *Powell* para las primeras lecciones. Pero como yo puedo obtener el mismo resultado, haciendo además que el caballo os siga espontáneamente en menos de una hora, os voy á dar un método mas rápido para conseguir vuestro intento.

»Cuando hayais entrado en la cuadra, quedaos inmóvil y dejaos observar uno ó dos minutos por el caballo. Cuando le veais que se ha calmado y

tranquilizado un poco, aproximaos lentamente, con lo brazos inmóviles, el derecho caído y sosteniendo el látigo como llevo dicho, y el izquierdo estendido y presentándole la mano abierta. Al arrimaros no le toqueis ni en la cabeza ni en la grupa, y de este modo no avanzará ni reculará; mas si á pesar de esto lo hace, inclinaos poco á poco, ya sea á la derecha ó á la izquierda; con lo que se contendrá indudablemente.

En cuanto os acerqueis, colocaos al lado suyo cerca del lomo y quedaos tranquilo durante algunos segundos. Si le alargais la mano, se volverá á olerosla; no porque la prefiera á otra cualquier parte de vuestro cuerpo, sino por encontrarse hácia delante, y por lo tanto, mas cerca de él que el resto del cuerpo. Los caballos lo tienen por costumbre, y olerán vuestra mano lo mismo que si tuvieseis una droga cualquiera; y obtendréis el mismo resultado que si emplearais el medio de las sustancias odoríferas, sobre cuyo procedimiento os he dado ya mi opinion.

En el momento en que el caballo toque vuestra mano con la nariz, acariciadle como os llevo dicho, siendo necesario el ir siempre con mucha precaución al ejecutarlo. Cuando esteis cerca del lomo, tendréis indudablemente mas facilidad de frotarle el pescuezo ó la cabeza. Cada vez que os aproximeis ó le toqueis, empezará su reconocimiento de nariz; y cuando lo haga, acariciadle del mejor modo posible, hablándole con una voz cariñosa, diciéndole: «pobrecito,» ó bien «chiquito,» ú otra cosa semejante; pero observando las mismas palabras y con la misma entonación lisonjera, porque el caballo aprenderá bien pronto á leer en vuestro semblante, conociendo por la expresión de él, si teneis miedo, si estais colérico, ó si estais contento. Por último. *La cólera y el miedo deben ser absolutamente desconocidos á los domadores.*

CONDUCTA QUE SE DEBE OBSERVAR CON UN CABALLO REBELDE.

Si en lugar de ser tímido vuestro caballo es indómito, si tiene el genio de los mulos, si agacha las orejas al tiempo que os aproximais, y si busca algo que roer, es que no tiene para el hombre ese tímido respeto que es necesario, para sujetarle prontamente á nuestra voluntad. Entonces sera bueno que empecéis por darle algunos buenos latigazos en las piernas junto al cuerpo.

Al rodear el látigo sus miembros, el chasquido le hará tanto daño como el dolor que le produzca el latigazo; y si no se obtiene resultado alguno con el primero, dadle el segundo bien aplicado sobre el lomo, porque es la piel mas fina y mas delicada que en lo demás del cuerpo. Pero no le pegueis mas de lo necesario, pues para inspirarle un temor ventajoso, debe conocer que no le pegais para hacerle daño, sino para despreocuparle de sus malas ideas. No entableis ninguna lucha con vuestro caballo, y no le pegueis hasta que esté encolerizado y que se bata con vosotros; por el contrario, sera mejor no aproximarse á él, porque con dicha conducta solo conseguiréis inspirarle sentimientos de odio y mala voluntad, en vez del respeto necesario. Si vuestros latigazos no le asustan, mas bien le serán perjudiciales que benéficos; pero si lograis hacerlos temer, podréis pegarle sin que se ponga furioso, porque el temor y la cólera no existen á la vez en el caballo, y desde que impera uno de estos sentimientos en él, el otro desaparece.

Despues que hayais obtenido un buen resultado y de hacerlos respetar de él, aproximaos y acariciadle mucho mas que si no le hubieseis pegado: escitaréis en él los dos sentimientos que le guian, que son, el amor y el temor; y desde que os tenga cariño, emiéndole al mismo tiempo, no tendréis mas que hacerle comprender vuestro deseo y lo hará.

MÉTODO DE PONER EL FRENO.

Despues de estar el caballo un poco sosegado por vuestras caricias, tomad el freno con la mano izquierda y arrimaos por el lado en que os colocasteis á darle la primera lección.

Si os tiene miedo, pasad vuestra mano á lo

largo del mango de vuestro látigo, acariciándole ligeramente con él en el pescuezo, y aproximando poco á poco hasta tocarle con la mano. — Si vuelve la cabeza, pasadle por el pescuezo las bridas, dejad caer el látigo y tirad de él con despacio hacia vosotros, cederá muy pronto y podréis agarrarle la cabeza y volvérsela hacia vuestro lado. Coged entonces la parte del freno perteneciente á la cabeza; pasad las correas más largas por su pescuezo; cogedlo despues con la mano derecha por el otro lado, y soltad la punta que tenéis en la mano izquierda; porque con la de la derecha os será suficiente para mantener la cabeza del caballo en la posición necesaria. Bajad entonces el freno de modo que podáis meterle la nariz en la cerneta; levantadlo luego y ponedle las hebillas.

La primera vez que pongais el freno á un potro, colocaos á su izquierda, no teniendo en la mano más que la parte del freno que rodea su pescuezo; y así podréis levantarlo con las dos manos sin asustarle, al acercárselo á la nariz.

Tomad entonces una cuerda larga que debéis preparar con anticipación y atársela al freno, de manera que tenga libertad para ir de un lado á otro por toda la cuadra, sin que haya necesidad de aflojarla ni de acortarla. Imprimiendo una tensión muy ligera á la cuerda y aflojando la mano cuando trate de escaparse, evitaréis que se alce de manos, que recule y que se tire al suelo; siendo por este medio mucho más fácil el acostumbrarlo al freno, que si lo sujetaseis en un sitio fijo; porque de este modo no tiene ninguna idea de su fuerza; y si no le haceis recular de intento, no sabrá ni aun que le es posible el hacerlo. Despues de algunos minutos podréis empezar á tirar poco á poco de la cuerda acortandola en vuestra mano. Cuando le tengais bastante corto y que hayais conseguido el aproximarnos á él á vuestra voluntad, sin hacerle recular, podréis enseñarle á dejarse conducir. No empezéis por hacerle seguir poniéndolo delante, sino de costado é impulsadlo con una ligera tracción continua y uniforme, por cuyo medio no tardará en ceder. Despues de que dé uno ó dos paseos de esta manera, acariciadle, y empezad de nuevo hasta que os hagais seguir de él en cualquiera dirección por todo el picadero, cosa que obtendréis en breves minutos, porque cuando lo hayais hecho volver dos ó tres veces á derecha é izquierda, se figurará que no puede resistir á la tracción de la cuerda: entonces las caricias que le habeis hecho le impiden el teneros miedo, y haciéndoselas cada vez que obedezca, como le gusta que le acaricien, os seguirá por todos lados voluntariamente. Si despues de varias lecciones de este género, lo meteis en una cuadra ó en un pequeño cercado, os seguirá del mismo modo.

Antes de hacerle salir de la cuadra ó del cercado, paseadlo varias veces por delante de la puerta abierta, teniendo cuidado de que no haya nada por fuera que le asuste al pasar, pues de lo contrario, saltaría hacia atrás. Al tiempo de salir, iréis lo más lentamente posible que podáis; sujetándolo con la mano izquierda por la serreta y con la derecha agarraos á la crin. Cuando esteis algunos minutos fuera, podréis empezar á conducirlo, lo que os dejará hacer sin resistencia. No dejéis aproximarse á él persona alguna la primera vez que le hagais salir, pues si cualquier extraño tratara de acariciarle ó de coger el freno, se levantaría de manos y trataría de huir. Es necesario evitar que haya en los alrededores cualquier persona que por su traje pueda asustarlo ó llamar su atención; y si estais solo y os dais buena maña, no necesitaréis de más fuerza para conducirlo, que la que comunmente se usa con un caballo domado.

MODO DE LLEVAR Á UN CABALLO DEL DIESTRO AL LADO DE UNO DOMADO.

Si, como es probable, quereis conducir á vuestro discípulo llevándole del diestro junto á uno domado, haced entrar á este ultimo en la cuadra, ponedle al lado de vuestro caballo en cuyo freno pondreis dos cuerdas. Montad entonces el caballo domado, y tomad una de las dos

cuerdas en la mano izquierda, despues de pasala por el pretal de vuestra montura, ó por la gamarra si la tiene. Esto es para impedir que el discípulo recule, y al mismo tiempo encontrareis más facilidad al sujetarle, porque la cuerda hará punto de apoyo en el pretal de vuestra montura. Sujetad con la derecha la segunda cuerda é impediréis de este modo que se adelante. Hacedle dar varias vueltas de esta manera, y si la puerta es bastante grande, salid con él sin aflojarle las cuerdas.

Si la abertura que hay para salir es demasiado estrecha, haced salir el caballo domado y ponedle junto á la puerta; despues conducid á vuestro discípulo al mismo sitio, ponedle las cuerdas como llevo indicado, y no hará resistencia ninguna al arrancar.

Este es el medio mejor de conducir á un potro y no tendréis ninguna dificultad, porque si quiere avanzar ó recular, las dos cuerdas le sujetarán indispensablemente junto al que monteis.

Seguiréis, por lo tanto, todos los movimientos del discípulo, sin que tengais que hacer grandes esfuerzos para sujetarlo, y desde que cese de recular, marchará sin resistencia.

Si rehusase el avanzar, arrimad á él vuestro caballo lo suficiente para cortarle la retirada, lo que le hará marchar adelante; y cuando hayais repetido esta operación dos ó tres veces, no anhelará más que marchar.

Despues del paseo, le haréis entrar en la cuadra, y le ataréis de modo que le sea imposible echarse al suelo. Como es difícil algunas veces obtener esto de un caballo que entre en la cuadra por primera vez, creo útil daros sobre esto algunas explicaciones.

MODO DE HACER ENTRAR UN CABALLO EN LA CUADRA Y DE ATARLE.

Haréis entrar primero el que esté domado, y tratad de que el discípulo lo siga voluntariamente, mas en caso de que rehusara, llevad en la mano una pequeña vara ó un látigo, pasadle el brazo derecho por encima del lomo, de manera que podáis pegarle en el costado derecho; ponedlo entonces delante de la puerta, y tocándole con la varita lo más trasero posible, se adelantará y se arrimará sin miedo; lo conduciréis con la mano izquierda, entrando con él. Yo he hecho entrar de esta manera en menos de un minuto á caballos que habian resistido durante media hora, á los esfuerzos de varios hombres que tiraban de él.

Si no adelantais nada por este medio, paseadle un poco de un lado á otro, hasta colocarlo delante de la puerta, cuidando de no tirarle de la cuerda. Entonces dejadlo quieto durante algun tiempo, valiéndolo de el freno para que tenga la cabeza en la dirección apetecida; y no tardará diez minutos en entrar.

No trateis nunca de hacerlo entrar á la fuerza en la cuadra, porque desde luego la miraría como un objeto peligroso, y se espantaría al entrar en ella, aunque no haya sido el miedo el que le haya hecho oponer resistencia.

(Se continuará.)

CRÓNICA ESTRANJERA.

Nosotros hemos sido de los primeros en anunciar, dice el *Memorial diplomatique*, que S. M. la reina Victoria iba á emprender un segundo viaje á Berlin, despues del alumbramiento de su augusta hija, para tener á su nieto en las pilas bautismales en compañía de S. A. R. el príncipe regente de Prusia. Esta noticia que habia sido puesta en duda por muchos periódicos de Londres, se ve hoy confirmada por las órdenes dadas á la escuadrilla de Woolvich, para que se prepare á formar la escolta de honor desde Douvres á Ostende. Su Majestad británica partirá para el continente apenas se halle restablecida la princesa Guillerma de Prusia, no debiendo tener

lugar hasta esta época el bautismo del príncipe recién nacido.

La noticia, dice el mismo *Memorial diplomatique*, de haber partido para Roma el marqués de Azeglio, á fin de remitir á S. A. R. el príncipe de Gales el gran collar de la orden de la Anunciata, conferido por el rey de Cerdeña al heredero presunto de la corona de Inglaterra, es inexacta. No pudiendo aceptar el príncipe real distinción alguna extranjera sin el beneplácito de jefe del Estado, es á S. M. la reina Victoria á quien deben ser remitidas las insignias de que se trata. El marqués de Azeglio pasa á consecuencia de esto á Londres y no á Roma.

He aquí el cuadro presentado al Parlamento británico por el almirantazgo inglés, demostrando el estado actual de la flota de vapor con que cuenta la Gran Bretaña.

El número total, que para el año 1838 era solo de 354 bastimentos de guerra, llegaba el 5 de enero de 1839 á un efectivo de 437 buques, clasificados del modo siguiente:

Navios de línea.	49
Fragatas.	34
Bombardas.	9
Buques con morteros.	4
Corvetas y sloops.	82
Buques menores.	27
Cañoneras.	162
Baterias flotantes.	8
Buques de transportes.	42
Gabarras.	15
Yachts.	5
Total.....	437

De los cuales 351 son de hélice, y los demás con ruedas.

La *Prensa* de Viena refiriéndose á la situación actual de los asuntos europeos, dice que la reunión de la Conferencia de Paris se ha retardado, porque las potencias no han podido ponerse de acuerdo todavía acerca de la cuestión de los Principados. Añade que la Francia insiste en que se reconozca la elección del príncipe Alejandro Couza, y en considerar como *casus belli* toda intervención de la Turquía. Conforme con Rusia y Cerdeña presentarán un *ultimatum* á la Puerta, Austria é Inglaterra. El reconocimiento del coronel Couza y la unión de los rumanos constituyen por consiguiente el precio de la paz.

Los despachos telegráficos últimamente recibidos de Turin y de Viena, nos informan de la continuación del movimiento de tropas austriacas. Últimamente habia ocurrido un encuentro en las fronteras piamontesas, entre tropas de este país y modenesas, aunque sin ulteriores resultados.

La salida para Viena de lord Cowley, dice un periódico, ha sido generalmente acogida con la más viva satisfacción. En este hecho debe verse uno de los mejores síntomas que hayan podido presentarse en la actualidad para obtener una solución pacífica de las diferencias europeas. Ligado con amistad grande, desde hace veinticinco años con el conde Buol, lord Cowley es el único diplomático acaso que pueda ejercer una gran influencia en el espíritu del ministro austriaco. Al encargarse de llevar á Viena palabras de paz, el noble lord debe tener el presentimiento de una acogida favorable, y sus relaciones constantes con la corte de las Tullerías van á dar á sus palabras, respecto del emperador Napoleón III, una grande importancia.

Un periódico extranjero nos ofrece las siguientes noticias sobre el Parlamento inglés. La Constitución británica, dice, concede á la reina el derecho de abrir, prorogar y disolver el Parlamento, que se compone como es sabido, de dos Cámaras, de las cuales la de los Pares representa esa antigua aristocracia, que, desde Guillermo el conquistador, se ha sostenido en medio de los trastornos del país.

Solo los que fallecen ó los nuevamente nombrados pueden modificar el número de los lóres, el cual es hoy de 449: 401 ingleses, 4 obispos irlandeses, 28 pares de Irlanda, elegidos vitaliciamente, y que toman asiento por orden de lista; 16 pares escoceses nombrados para toda la dura-

cion de un parlamento, que es regularmente de siete años. Existen en la cámara alta 3 duques de sangre real, 21 duques, 24 marqueses, 132 condes, 26 vizcondes, 217 barones, dos arzobispos y 27 obispos.

La cámara de los Comunes se compone de 658 diputados: 471 por Inglaterra, 29 por el país de Gales, 53 por la Escocia y 105 por Irlanda. En Inglaterra hay 144 que son nombrados por los Condados y por las Universidades, 323 por las ciudades y distritos. De los 105 diputados de Irlanda, 64 lo son por los condados, 39 por los distritos y 2 por las universidades de Aberdeen y de Dublin.

Un despacho telegráfico últimamente recibido no considera en mucho mejor estado la salud del rey de Nápoles.

JANER.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

La *Gaceta* del día 24 de febrero publica la ley por la cual los céntimos del sueldo integro en activo se arreglarán á los sueldos que en la actualidad gozan las clases efectivas del ejército y armada.

Esta ley solo será aplicable á los individuos á quienes se conceda su retiro desde la fecha de la publicacion de esta ley y llenen los requisitos exigidos por la de 28 de agosto de 1847.

Publica tambien la ley que aumenta en 100 reales mensuales el sueldo de los capitanes del ejército, estados mayores de plaza y segundos capitanes de la Guardia civil.

Desde el día 1.º de marzo están abiertas para el servicio público del interior del reino las estaciones telegráficas de San Roque, Algeciras, Vega y Guadix.

La *Gaceta* del día 27 de febrero publica el real decreto cuyo objeto es proporcionar á los derechos individuales en la administracion de las provincias ultramarinas, cuantas garantías sean compatibles con los intereses públicos.

Un real decreto del día 3 de marzo manda proceder á nuevas elecciones en el distrito del Ferrol, provincia de la Coruña, por haber sido declarada nula por el Congreso la eleccion del citado distrito.

Han sido nombrados individuos de la junta que ha de proponer los medios de llevar á efecto la exposicion de 1862, D. Mauricio Carlos de Onís, senador del reino; D. Roman Goicorrotea, diputado á córtes, y D. Braulio Anton Ramirez, oficial del ministerio de Fomento, el cual ejercerá las funciones de segundo secretario.

De real orden se ha autorizado:

- 1.º A D. José Parella, para verificar los estudios de un ferro-carril que, partiendo de Palma, y cruzando los puntos mas ricos de la isla de Mallorca, termine en Alcudia, poblacion de dicha isla.

- 2.º A D. Nicolás Rafael Pinillos, para verificar en término de un año los estudios de un canal de riego, derivado del rio Alberche, en la provincia de Toledo.

- 3.º A D. Eduardo Federico, para verificar los estudios de un ferro-carril desde Zaragoza hasta Amposta ó San Carlos de la Rápita.

- 4.º A los Sres. D. Francisco Jacas y Cuadras y D. Francisco Cibut, para llevar colonos á Fernando Poo, concediéndoles 15 fanegas de tierra por cada colono, con entera sujecion á las reglas que contiene el real decreto de 13 de diciembre último y á varias condiciones impuestas por el gobierno en vista del bienestar de los colonos.

Las introducciones hechas en el mes de enero de 1859, en virtud de la concesion otorgada por la real orden de 31 de diciembre último á los cargamentos de granos, harinas y demás semillas alimenticias que acreditasen haber salido de los puertos de procedencia en tiempo oportuno para llegar á la Peninsula en el año de 1858, han ascendido á las siguientes cantidades: 16,710 fanegas de cebada, 5,131 de garbanzos, 1,542 de habas, 16,689 de maiz, 208,712 de trigo, y 21,555 arrobas de harina.

Segun la noticia publicada por la direccion general de aduanas, se introdujeron en España, durante el año de 1858, 537,852 fanegas de cebada, 30,105 de centeno, 60,217 de garbanzos, 330 de guijas y guisantes, 184,956 de habas, 5,033 de habichuelas, 2,026,658 de maiz, 3,531,871 de trigo, y 8,086,544 arrobas de harina.

Se ha celebrado un tratado de paz entre España y Marruecos. Los Españoles que estaban prisioneros, se encuentran, por lo tanto, libres de los kabilas y llegarán pronto á ver su patria.

En el Congreso, el proyecto de subvencion general de ferro-carriles se aprobó en votacion nominal por 105 votos contra 22.

En la discusion de la ley relativa á la reforma electoral, el Sr. Calvo Asensio proponia á que pudiesen ser diputados los que de empeñen destinos públicos que tengan relacion con el gobierno; pero su enmienda se desechó por 94 votos contra 80.

Tambien fué aprobada en el Senado la ley sobre organizacion del Consejo de Estado por 83 bolas blancas contra 17 negras.

En la sesion del día 2 quedó aprobada la ley de censo por 80 contra 33.

Quedó aprobado tambien en el Congreso el presupuesto del ministerio de Estado.

En la sesion del día 4 fué aprobado igualmente el presupuesto de la Gobernacion, á pesar de algunas observaciones acerca de la diferencia que se nota entre la cantidad que se fija para la policia de Madrid, que es de 400,000 rs., y la destinada para la vigilancia de las provincias, cuya cifra es de 93,000 rs.

De las provincias tenemos las siguientes noticias:

Ha muerto D. Francisco de Herri, catedrático de derecho romano en la universidad de Sevilla; llevaba cuarenta y un años de servicios en la enseñanza.

Parece que el nuevo gobernador de Alicante está dispuesto á promover la instalacion de las escuelas de párvulos, el arreglo y empedrado de las calles, y la construccion de la magnífica alameda proyectada por la municipalidad.

El espediente relativo á la desamortizacion en las provincias Vascongadas, ha pasado al Consejo real para que informe.

Se trata de establecer un campamento en la dehesa de los Carabancheles.

Un despacho telegráfico de Cádiz del día 25 de febrero, dice que se ha probado en el ferro-carril la primera locomotora en una gran estension de la via. El resultado ha sido el mas satisfactorio.

El Sr. Martinez de la Rosa ha sido elegido por el Instituto imperial de Francia para la seccion de la historia general y filosófica.

La compañía del Mediterráneo, cuyo presidente es el Sr. Salamanca, ha comprado el ferro-carril de Valencia.

Segun noticias recibidas de todas partes, la pesca de bacalao no es nada satisfactoria. En una pesca comun se cogen, por lo regular, cien mil bacalao por buque que monte 20 hombres; este año solo se han cogido sesenta mil por buque, esto es $\frac{3}{5}$ de pesca.

Muy en breve se inaugurará la seccion del ferro-carril de Sevilla á Lora del Rio.

Despues de una visita que hizo al colegio de huérfanas de la parroquia de Santa Cruz S. M. la reina, ha mandado que se entregue á la señora viuda de Canterac, la cantidad de 10,000 rs., con destino al sosten y fomento de dicho establecimiento.

D. Ivo de la Cortina, segundo jefe de la administracion civil, ha presentado al gobierno un proyecto para establecer cátedras de botánica, agricultura y delineacion, aplicadas científicamente á la práctica en las colonias de Fernando Poo.

El día 26 de febrero presenciaron SS. MM. la distribucion de los premios de las jóvenes alumnas de las escuelas dominicales, á las que ya hoy asisten en Madrid, 3,076 discipulas. SS. MM. han remitido á la Presidenta de la asociacion la cantidad de 20,000 rs.

Se habla de presentar á las Córtes un proyecto de ley, autorizando al gobierno para hacer la rebaja que crea conveniente en el precio de los solares de la Puerta del Sol, á fin de que facilitándose su adquisicion, puedan emprenderse á la mayor brevedad aquellas importantes obras

JUAN DEL CORREO.

REVISTA DE TEATROS.

Todas las novedades teatrales de que hoy tenemos que dar cuenta á nuestros lectores, se reducen á la zarzuela en un acto *Las Distracciones*, y el drama estrenado en el Circo, á beneficio de don Joaquín Arjona, titulado *Los Lazos de la familia*.

De la primera dirémos que logró entretener al público: el libreto está tomado, segun creemos, del vaudeville en un acto *Les Absences de Monsieur*, y tiene mucha semejanza con otra pieza, traducida tambien del francés, y representada hace algunos años en el teatro de Variedades por el Sr. Catalina, con el título de *La Cabeza á pájaros*. El protagonista, tanto en esta última, como en *Las Distracciones*, es un hombre distraido, lo cual da origen, como es de suponer, á situaciones sumamente cómicas, y á *quid pro quos*, que tienen al público en continua hilaridad.

La música es bastante agradable, y la instrumentacion muy buena, sobre todo un duo que el público hizo repetir, y que es en extremo cómico.

La ejecucion fué excelente, tanto por parte de la Murillo y de la Fernandez, que caracterizó deliciosamente su papel de *pollo*, como por la de Caltañazor y Calvet.

La segunda obra de que tenemos que hablar, es del drama en tres actos y en verso, original del Sr. Larra, titulado *Los Lazos de la familia*, y representado en el coliseo del Circo á beneficio del Sr. Arjona.

Esta produccion tiene por asunto el divorcio, y su fabula es la siguiente: Un marido que ha sido infiel á su mujer por espacio de algunos dias, vive por esta causa separado de ella hace seis años; empero noticiosos ambos de la próxima llegada del padre de ella, honrado septuagenario, que viene á gozarse en la dicha de los dos esposos, convienen en reunirse durante unos dias, á fin de ocultar al anciano su desdichada posicion. Este, y una joven de diez y seis años, hija de los divididos esposos, logran al fin conmovier el corazon de la madre, verificándose por este medio la reconciliacion de todos.

Como se vé, el plan de la obra es por demás sencillo, y el Sr. Larra hubiese podido sacar de él un gran partido á haberse detenido algo mas; pero lo ha desarrollado tan pobrememente, y los recursos de que se vale son tan poco naturales y tan inverosímiles, que el drama aparece lánguido y falto de interés. Exceptuando el primer acto, que está muy bien concluido, los demás están bastante descuidados, y á no haber sido por su esmeradísima ejecucion, no hubieran hecho mas que pasar. No obstante estos defectos, y otros que por la brevedad no apuntamos, el Sr. Larra es digno de todo elogio por los esfuerzos y laboriosidad que emplea, á fin de dar vida á nuestra moribunda escena, harto decaída ya con las monstruosas producciones que á cada momento nos están dando traductores de mal gusto.

La ejecucion de esta obra fué esmeradísima por parte de todos los actores, y muy especialmente por el Sr. Arjona, que caracterizó de un modo admirable un anciano de 70 años. El señor Tamayo desempeñó tambien con gran acierto un papel superior á sus fuerzas, y que parecia escrito espresamente para el Sr. Romea. La señora Lamadrid hizo todos los esfuerzos posibles por sostener el ingrato papel que representaba, y por último, la señorita Hijosa desempeñó con mucho acierto el de una niña de diez y seis años, aunque en honor de la verdad, debemos decir á esta joven actriz, que procure no recitar los versos con cierta especie de canturia que la hemos notado, y que los hace monótonos las mas veces. Es un

GAVARNI ESPAÑOL.

TRANSEUNTES.



RUBERA

¡Grillos y arena!!

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

Vie de Jean de Ferrières, vidame de Chartres, seigneur de Maligny. Un vol. in-8.º, Auxerre.

Este libro, escrito por un miembro de la Sociedad de las Ciencias históricas y naturales de l'Yonne, pertenece á la série de aquellos estudios especiales, que versan sobre un hombre, una época, una localidad, que nada descuidan, que entran en los mas ínfimos pormenores, y exigen para ser bien conducidos á su fin, toda la ciencia y paciencia de un benedictino. No pueden encarecerse bastante semejantes trabajos, ejecutados en todas las provincias y departamentos; pero aislados solo poseen quizás un valor relativo, al paso que reunidos, lo que nos

efere es la historia completa y auténtica de Francia, conservándonos, cosa de sumo precio á la vista de la unidad actual, la diversidad de las razas, de los idiomas y de los sentimientos que la han agitado durante los siglos que nos precedieron.

Catalogue de livres de Mr. Francisque-Michel, chez François, 23, rue Saints-Pères.

Recomendamos á los eruditos y aficionados este catálogo de libros raros y curiosos, que fueron propios de un distinguido bibliófilo, lo cual basta para asegurarnos acerca del verdadero valor que debemos atribuirle. La venta tuvo lugar á principios de enero.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Bailliere, editor responsable y propietario.

pequeño defecto que puede corregir con suma facilidad, y en lo que ganará no poco.

A la conclusion del drama, el público llamó al palco escénico al autor, el cual no pudo presentarse por hallarse ausente de Madrid. También fueron llamados los actores, y aplaudidos con justicia por la perfeccion con que desempeñaron sus respectivos papeles.

Por último, en el teatro Francés han obtenido también un verdadero triunfo Mr. y Mlle. Montaland, escelentes actores ya conocidos del público de Madrid, por haber trabajado en los teatros de la Cruz y del Instituto, en los años 1853 y 1854. —Aconsejamos, pues, á nuestros lectores, si quieren admirar á Mlle. Celine Montaland, que se apresuren á asistir al lindo teatro de la calle de la Magdalena, el dia en que vean anunciada La Vicomtesse Lollote.

NUMA.

SUMARIO. Los Amores mortales, por Adrien Robert, pág. 177.—Los Tramperos del Arkansas, por Gustave Aimard, pág. 183.—Viaje á China, por Lord Macartney, pág. 187.—Seccion religiosa, pág. 187.—Arte de domar los caballos, por J. S. Rarey, pag. 188.—Crónica estranjera, pág. 190.—Crónica española, pág. 191.—Revista de teatros, pág. 192.—Bibliografía estranjera, pág. 192.

Advertencia importante. — La Administracion de este SEMANARIO tiene tomadas todas las medidas para que la reparticion de los números en Madrid y su remision á las Provincias se haga con la mayor puntualidad; asi es que toda reclamacion que no se haga en Madrid hasta el lunes siguiente á la reparticion del número, y en Provincias los ocho dias de su publicacion no será atendida, y el suscriptor abonará por cada número 4 cuartos en Madrid y 6 en Provincias.

Otra.—Siendo propiedad de la empresa las materias contenidas en LA LECTURA PARA TODOS, se prohíbe su reproduccion en todo ó en parte.